

«Una novela que comparte la inocencia mentolada de los pinos de *Bonjour tristesse* y el humor cinematográfico y posmoderno de *El diario de Bridget Jones*».

MARÍA JOSÉ SOLANO, cofundadora de *Zenda* y columnista cultural

TODOS LOS HOMBRES TRISTES LLEVAN ABRIGOS LARGOS

REBECA ARGUDO

HarperCollins
Narrativa

TODOS LOS HOMBRES TRISTES LLEVAN ABRIGOS LARGOS

REBECA ARGUDO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Todos los hombres tristes llevan abrigos largos
© Rebeca Argudo Casado, 2023
© 2023, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticsiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO®
Imágenes de cubierta: Shutterstock

ISBN: 9788491398219

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Dedicatoria
Cita
LÉEME
antes de ESE DÍA
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17

después de ESE DÍA
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

ESE DÍA
- Capítulo 1

Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
ESTE DÍA
Capítulo 1

A ti, que me desesperas

Ya dijo don Antonio Machado que nadie elige su amor.
Yo creo que, asimismo, nadie elige su abrigo.
El primer invierno lo llevé largo, demasiado largo…

Diario de un escritor burgués, FRANCISCO UMBRAL

LÉEME

Llegarás y no estaré. Cuando veas estas páginas sobre la mesa de la cocina sé que no repararás en ellas. Dejarás las llaves y las monedas de tus bolsillos en el cuenco de madera. El móvil, sobre la encimera. Echarás un vistazo por encima a la correspondencia (un paquete de una editorial, dos cartas del banco, un folleto publicitario), te aflojarás el nudo de la corbata y luego irás hasta la habitación para dejar con cuidado el abrigo en el armario. Te quitarás los zapatos. Volverás descalzo sobre tus pasos, abrirás la nevera y cogerás una cerveza. Entonces, al girarte, mientras das ese primer trago, será cuando las veas. Te extrañará. No suelo dejar papeles en la cocina. Dudarás si leerlas, por si es algo que no te incumbe. Quizá sean las galeradas del libro de algún amigo que acabo de recibir para que les eche un vistazo, o parte del que yo estoy escribiendo y he impreso porque sabes que me gusta leerlo en papel, que hasta que no lo veo así no estoy segura de si funciona. Será entonces cuando te fijes en la palabra «LÉEME» de la primera página y te acordarás de Alicia. Discutimos nuestra primera noche juntos sobre la razón por la que alguien comería un pastelito solo porque, sobre él y en letras azucaradas, pone «cómeme». Tú decías que jamás lo harías. Bajo ningún concepto. Anticipabas el desastre. Si te encontrases en un lugar extraño, lo último que se te ocurriría es ingerir algo que alguien, desconocido por ti, hubiese dejado allí indicando imperativamente que debías hacerlo. Pensarías en la probabilidad de que estuviese adulterado. Yo te decía que lo comería sin dudarlo. La indicación, incluso, estaría de más para mí. Podría comerme un dulce en cualquier circunstancia sin necesidad de instrucciones precisas. Aún más en la adversidad: bajo un bombardeo, durante un terremoto o ante una invasión alienígena. Puestos a morir, te decía, mejor con hiperglucemia. Tú, resoplando, tratabas de convencerme con elaborados argumentos de que, de comerlo, estaría cometiendo un peligroso error. No entendías que mi yo en apuros pudiera arriesgarse de manera tan inconsciente. Yo no entendía que tu yo analítico persistiese ante semejante tentación en el momento previo a una muerte segura.

Habrás levantado la vista y oteado a tu alrededor. Pensarás por un instante que estoy en la terraza tomando un café al sol y esperando a que leas esto para ver tu reacción. Pero ya te he dicho que no estaré, aunque solo ahora te has dado cuenta de ello. Recorrerás el pasillo hasta nuestra habitación, intuyendo que mi armario estará vacío, y comprobarás después que también lo están mis cajones. Todos excepto el primero de mi mesita de noche, ese donde acumulo todas las cosas pequeñas e inservibles para que no estén a la vista y cuya mera existencia te pone tan nervioso. Paquetes de clínex a medio usar, tiques de compra, sobrecitos con muestras de cremas y perfumes, tarjetas de visita, alguna goma de pelo, notas crípticas en papelitos de colores, libretitas de todos los tamaños, algún bolígrafo. Verás también en él una pequeña sombrillita, de esas que se ponen en las pajitas de los cócteles. No lo sabes, pero es la que estaba en tu copa la primera vez que nos vimos, en aquella fiesta horrible y hawaiana que tú ni siquiera recuerdas.

Llegaste allí arrastrado por Ella y no por voluntad propia. Se notaba porque ni siquiera te molestaste en llevar un sombrerito o un collar de flores. Todos íbamos ataviados con ridículas falditas de paja de vivos colores, las bebidas brillaban y, la que no llevaba sombrillita de papel, llevaba flamencos o piñas. Eras un bicho raro. Elegante traje de chaqueta en medio de aquel caos tropical. Fascinante gris marengo entre estampados floreados. No sonreíste en toda la noche, lo sé porque no te quité ojo de encima. Tampoco nos presentó nadie. Dejaste tu copa un minuto junto a la mía en la barra y, cuando fui a cogerla, tú ya te alejabas con mi piña colada en la mano. Supe que era la mía porque tenía un flamenco rosa y diminuto en la pajita en lugar de una sombrillita verde. Quise decirte algo, explicarte que te habías confundido, parecía una buena excusa para hablarte. Justo entonces, Ella te interceptó con un beso y luego dio un trago a tu/mi/nuestra copa. Así que me quedé allí plantada con la bebida de un desconocido en la mano y turbada por un gesto íntimo que no tenía nada que ver conmigo. No sabía en ese momento que cuatro sábados más tarde coincidiríamos en la cena de un amigo común y me robarías un beso en la cocina. Y esa es para ti la primera vez que nos vimos y por eso la sombrillita verde que todavía tienes en la mano no es más que una ridícula sombrillita de papel y no entiendes qué hace en mi mesita de noche.

Es bastante probable que hayas vuelto a la cocina, ligeramente contrariado, para continuar leyendo. Habrás contado cuántas páginas hay y estimado el tiempo que te llevará leerlas, así que estarás pensando si sentarte en el chéster del salón, junto al ventanal, o hacerlo en la terraza, donde hasta hace nada me imaginabas esperándote. Ambas opciones son buenas, pero tendrás que decidirlo rápido porque hoy es jueves, has quedado a cenar con los chicos y antes tomaréis un vino donde siempre. Tienes unas dos horas y media. Y es ahora, justo ahora, cuando acabas de darte cuenta de que yo sé qué estás haciendo ahora mismo, mientras que tú no tienes ni idea de qué estoy haciendo yo, por qué me he ido, ni dónde cojones estoy. Así que tendrás que decidir, como Alicia, si hacer caso a una indicación precisa en un momento inusitado.

antes de
ESE DÍA

1

Si has llegado hasta aquí es que decidiste seguir leyendo, como si estuvieses ante uno de aquellos «Elige tu propia aventura» de nuestra infancia. Habrás cambiado la cerveza por un *whisky* (vaso corto y ancho, un par de hielos) y optado por acomodarte en el chéster. Es una buena elección. ¿Recuerdas el día que lo compramos? Tú acababas de mudarte y yo, aunque pasaba cada vez más tiempo aquí y mis cosas empezaban a invadir el baño y tu dormitorio, todavía conservaba mi apartamento. Me encantaba aquel piso. Estaba muy cerca, apenas tres calles más allá. Justo donde el barrio cambia de nombre, los edificios dejan de ser señoriales y los precios, desorbitados. Quizá esa cercanía fue determinante para que te decidieses por este, y no por otro, de entre todos los pisos que visitaste. Aunque a mí lo que más me gustaba, me sigue gustando, es su luz, que entra por las grandes ventanas de esa manera tan salvaje que a veces las paredes parecen ser transparentes o no existir. Ese día llegué corriendo como una loca empapada por la lluvia. Te agarré por la manga sin haberme quitado las botas de agua siquiera, me mirabas alarmado. Nunca entendiste por qué me gusta llevar botas de agua pero no paraguas. En esto no claudico, estoy con Unamuno: un paraguas cerrado es tan elegante como feo lo es uno abierto. Y, mientras te lo decía, te arrastré hasta la calle porque alguien había abandonado un viejo sofá, un chéster marrón, junto a los contenedores. «Siempre he querido tener uno», chillaba dando saltitos mientras aparecía y desaparecía de tu vista entre cartones y trastos, intentando encontrar una pata que faltaba. Tú resoplabas mientras hacías recuento de los desperfectos y acariciabas un enorme desgarrón al que no veías solución. Te parecía pintoresca mi manía de buscar tesoros en la basura. Pintoresca. Esa es la palabra que empleas para reprobar con elegancia. Cuando te hartaste de aquel trajín bajo una lluvia impertinente me sacaste en volandas y me llevaste hasta una tienda de decoración, yo protestaba, justo al doblar la esquina. Esa misma ante la cual había pasado mil veces y en la que tan solo me faltaba pegar la nariz y las manitas al cristal para mirar, embobada como un niño chico, la Red Blue Chair del escaparate. Con mi sueldo de tres meses no habría podido comprar ni el último de sus cojines. La dependienta nos miró desde lo alto de sus tacones de aguja como miraría a una cucaracha que hubiese cruzado por sorpresa el umbral. Solo tu Visa platino conseguiría más tarde devolver la sonrisa a aquella boquita pintada.

Tres días después, dos mozos de almacén preguntaban desde la puerta de entrada dónde debían dejar el sofá de mis sueños (color chocolate, en piel, nuevo nuevísimo) y nosotros lo estrenábamos como se deberían estrenar todas las cosas. Aún andábamos enredados el uno en el otro cuando sonó tu teléfono y era Ella. Te deshiciste de mis brazos para atender la llamada a solas en la terraza, pero antes me besaste la puntita de la nariz y me hiciste un gesto con el dedo índice sobre los labios para que guardase silencio. Oficialmente, yo no existía: tú te estabas

separando, pero la causa no era otra, no era yo. «Es una información que no necesita, solo le haría daño», me decías, y a mí me parecía bien. Tiempo después, no entonces, pero sí después de Ese Día, ese que aún no había llegado, pero cambiaría todo, me pregunté muchas veces cuántas otras puntitas de nariz habrías besado, cuántos gestos cariñosos y cómplices pidiendo silencio habrías hecho, mientras atendías una llamada mía. Pero Ese Día quedaba muy lejos todavía. Y yo, ajena a su acecho, instalada en los días felices como en un hogar definitivo, creí que así serían para siempre. Y míranos ahora: tú en el mismo chéster, sin mí y sin entender nada, y yo a saber dónde, tratando de explicarte a saber qué. No parecemos los mismos. «Te estás poniendo melodramática», me dirías si me tuvieses delante, apartando el mechón de pelo que siempre cae sobre mi frente cuando discutimos. Pero qué va, no es eso. Ahora ni siquiera estoy triste. Eso fue hace mucho y tú no te diste cuenta. Ahora solo pretendo diseccionar aquí lo ocurrido, con minuciosidad casi entomológica, porque hay cosas que no sabes y otras que no sabes que yo sé, y alguien debe levantar acta y dejar constancia de todo lo ocurrido. Y no, no podemos hablarlo delante de unas copas, como habríamos hecho hasta hace no demasiado, porque no son el tipo de asuntos que se arreglan con una discusión y un polvo, igual de rabiosos ambos. Hay días que cambian vidas y en la nuestra hubo uno de esos. ¿Alguna vez has pensado en ello, en los días que cambian vidas? Yo siempre había creído que los puntos de inflexión, los instantes determinantes, pasan desapercibidos y es solo después, tras la tormenta, cuando se es capaz de identificar que fue ese momento y no otro el que marcó en rojo un renglón de tu existencia. No siempre tienen apariencia de insólitos o especiales, no suena una música misteriosa de fondo que anticipa la calamidad. Parecen, a simple vista y mientras transcurren, días normales y corrientes, uno más entre tantos días. Y ese día, cuando me desperté, parecía eso precisamente: un día más. Normal, de infantería. Y yo no tenía ni idea, desperezándome gandula, de que era justo Ese Día y no un día cualquiera.

2

La segunda vez que te vi, primera para ti, fue en aquella cena. Tú llegaste solo y yo estuve a punto de no ir. Había llamado para poner una excusa, pero Manu me conoce demasiado bien y supo que me estaba escaqueando, que no quería asistir porque no conocía a nadie de entre los invitados. Suele hacer esas cosas: organizar cenas a las que invita a personas que cree que deberían conocerse, aunque no tengan nada que ver. O precisamente por ello. Tiene sus riesgos: a veces sale bien y otras es una catástrofe. Cuando llegaste, yo estaba sentada en la barra de la cocina, pelando aguacates para la ensalada. Estabas casi más guapo que en la fiesta tropical de hacía unas semanas y yo no daba crédito a aquella casualidad. Solo te faltó colgar tu abrigo sobre mi cabeza, parecía invisible para ti, y Manu tiene la asquerosa costumbre de no presentar nunca a nadie. Así que, dados los antecedentes, pensé que ni confundiendo nuestras copas de nuevo seríamos capaces de intercambiar dos palabras. Mucho menos los teléfonos. Pero unos minutos después, cuando levanté la cabeza al escuchar una impertinencia, esta provenía de tu boca:

—Los aguacates no se pelan así.

No se me ocurrió nada que decir y, en menos de un segundo, ya me habías quitado el aguacate de la mano y, con una cuchara, lo estabas vaciando en el plato. Pero yo no iba a permitir que eso quedara así. Cogí otro y te expliqué, con cierta rabia mal disimulada, que, si el aguacate estaba en su punto y lo partías por la mitad, se podía desprender la piel como si le quitásemos una pequeña camisita, quedando dos medios aguacates perfectamente pelados y dispuestos a ser servidos.

—No como tras esa agresión que supone arrancarlo con una cuchara y dejarlo medio mutilado sobre un plato.

»El hueso —añadí— es muy fácil de quitar con el cuchillo.

Te dije esto último mientras clavaba el cubierto con un golpe seco en el hueso y retiraba este con un pequeño giro de muñeca. Lo dejé junto al que tú habías extraído con el infame método de la cuchara y que descansaba con restos de pulpa pegados a él. Minipunto para mí. Me levanté y me fui al salón, donde ya estaban sentados a la mesa algunos de los invitados. No me caías muy bien.

La cena transcurrió sin incidentes reseñables. Pasé la velada sentada entre una señora mayor vestida de rosa, que resultó ser poeta, y un guionista de programas de humor, triste por una ruptura traumática y reciente, que no se quitó el abrigo en todo el tiempo. Un nubarrón de paño, demasiado oscuro y demasiado grande, que le hacía parecer más triste todavía y que casi me

puso triste a mí también. Desde el otro lado de la mesa me mirabas y te aguantabas la risa. Puse los ojos en blanco. La conversación parecía animada allí y eso hizo que no me cayeses mucho mejor. A los postres, el guionista triste se levantó para ir al baño. Yo estaba a punto de hacer lo mismo. Había escuchado ya la sinopsis, sin racanear detalles, de cada uno de los libros de poesía autoeditados de la señora de rosa, que me golpeaba el brazo cada vez que dejaba de mirarla mientras hablaba. Necesitaba un respiro. Había retirado ya la servilleta de mi regazo y la iba a dejar en la mesa para levantarme con cualquier excusa cuando me di cuenta de que quien se había sentado a mi lado no era de nuevo el guionista triste sino tú. Sonreías, con esa sonrisa canalla que yo aún no conocía. Resoplé. Pensaba que lo había hecho solo en mi cabeza, pero cuando te reíste supe que no había sido así.

—¿Vas a contarme de qué va tu último libro de poesía o a corregir mi modo de comer tiramisú?

En lugar de elegir una de esas dos opciones, me propusiste el juego más tonto del mundo: íbamos a mantener una conversación en la que nos hablaríamos de nosotros mismos sin decir una sola verdad. Esa noche trabajabas en la ferretería de tu padre, vivías en Carabanchel, te gustaba la ciencia ficción y la colombicultura, eras viudo y tenías dos hijos. Yo era cajera en un supermercado, vegana, aficionada a la papiroflexia y al *aquagym*, felizmente casada y con cuatro hijos (dos de ellos, gemelos). Tú tenías un apartamento en Benicasim, y yo, un ático heredado en Gran Vía con habitaciones realquiladas. Tú, intolerancia a la lactosa; yo, aracnofobia. Tu plato favorito eran los macarrones con queso, y el mío, la quinoa con cualquier cosa. Ambos éramos fans de Modestia Aparte. Cuando volví a casa esa noche, después del beso robado en la cocina (y la entrega voluntaria de alguno más en diferentes y discretas localizaciones), de que me dijeses que no necesitábamos intercambiar teléfonos porque estabas seguro de que no tardaríamos en volvernos a ver, todo lo que sabía de ti era que no te llamabas Javier.

3

Tres días tardé en saber que tu nombre era, en realidad, Martín, y un mes y medio en descubrir que estabas casado. Lo primero ocurrió la mañana del martes siguiente, cuando entraste en Mibardesiempre justo cuando yo salía y a punto estuve de derramarte mi café con leche sobre la camisa. Me sentí muy Hugh Grant y tú estabas muy Julia Roberts. Yo, torpe y despistada; tú, arrebatadoramente guapo y sofisticado. Pero ni mi barrio era Notting Hill ni yo la encantadora dueña de una librería *cool*. Por no ser, ni siquiera fue una afortunada coincidencia: le habías preguntado a Manu dónde me podías encontrar sin necesidad de llamarme por teléfono. No podías traicionar tu propia profecía. Lo segundo, en pleno viaje por trabajo. Sonó la notificación de un mensaje de WhatsApp en el aeropuerto, cuando yo andaba haciendo equilibrios con la maleta, el bolso, el abrigo, un libro y mi pereza en una escalera mecánica. Como para ponerme a buscar el teléfono en ese momento en el que todos mis esfuerzos estaban concentrados en no tropezar. Unas horas y unos cientos de kilómetros más tarde, en una ciudad diferente y en un taxi que me llevaba al hotel, lo leí. Solo eran dos palabras en mayúsculas, desde un número desconocido:

ESTÁ CASADO.

No creas que supe enseguida a quién se refería. Pensé que se habían equivocado al enviarlo y no le di más importancia mientras leía el resto de los mensajes acumulados durante el vuelo. Parece que todo el mundo se pone de acuerdo en querer comunicarte algo cuando te encuentras a once mil metros de altura. Estaba ya en aquella habitación con terraza y vistas al mar desde la que acabaría llamándote, deshaciendo la maleta, cuando me vino a la cabeza la imagen de Ella en la fiesta tropical que tú has olvidado, interceptándote con un beso al alejarte con mi/tu/nuestra copa. Había asumido, tras varias semanas viéndonos, que aquello habría terminado. O quizá ni siquiera lo había pensado. Es verdad que nunca te lo pregunté y tú te acogiste a ese vacío legal para sostener que no me habías mentido jamás. Y, en puridad, era cierto: nunca afirmaste no tener pareja y en el juego de las mentiras te declaraste afligido viudo.

Pasé los días allí haciendo todo lo que tenía que hacer (un par de reuniones, una entrevista, alguna gestión y una visita de cortesía) con menos entusiasmo del deseable. Quedé con unos amigos a tomar unas copas la segunda noche y analizamos, con detenimiento psicopático y actitud de consejo de dirección, cada una de las posibilidades que ofrecía aquel mensaje: una examante despechada, una amiga protectora de la esposa, la propia esposa, un amigo mío que no quería decírmelo en persona, un exnovio resentido, un vengador justiciero. Inventamos durante

horas personas, vidas y motivos para enviar un mensaje así a alguien. Acabamos botellas, cerramos bares y no llegamos a ninguna conclusión. Levantamos la sesión. Nunca supe quién lo envió, si era alguien que la quería a Ella o alguien que me quería a mí. O alguien que no nos quería a ninguna de las dos, pero te odiaba bastante a ti. Cuando intenté contestar, mis mensajes no eran recibidos. Si llamaba, ese terminal se encontraba apagado o fuera de cobertura, lo decía la voz melosa y mecánica a la que acabé detestando. Pero alguien había decidido, por la razón que fuera, que yo debía tener esa información. Pasé las malas noches de una adolescente despechada, volví a casa, y aunque te dije que se había terminado y que no quería volverte a ver, en un arranque melodramático que hasta a mí me pareció sobreactuado, unos días después, no creo que más de tres, te estaba enviando un mensaje para saber de ti. En apenas hora y media estabas de nuevo en mi vida, en mi casa y en mi cama. Años más tarde llegaría un día que dejaría de ser uno normal para convertirse en Ese Día justo en el momento en que sonaba una notificación de WhatsApp en mi móvil. Exactamente igual que aquel día en el aeropuerto. Como si ese sonido fuese la señal acordada para anunciar el apocalipsis.

4

Encontramos la forma de llevar aquello mientras tú resolvías la situación de la manera más inocua posible. En estas cosas no hay forma de hacerlo bien: solo hay maneras malas y maneras peores. Y nos habíamos propuesto hacerlo de la menos mala de entre todas las malas. Eso pasaba por un tiempo en el que nos veríamos a escondidas y en el que vuestra relación, ya maltrecha, me jurabas, se acabaría de deteriorar sin necesidad de terceras personas. «Sin terceras personas», me decías, y a mí, tercera persona entre todas las personas, me parecía bien. No es el mejor plan de los que hemos tenido, pero, en ese momento, no se nos ocurrió otro mejor. Nos repetíamos que no había sido premeditado, que, ya que había ocurrido, tocaba jugar con esas cartas la mejor mano posible. Fueron los días extraños y excitantes de vernos clandestinamente como los amantes furtivos que éramos, aun negándolo. De las caricias a escondidas y los guiños cómplices. De la desesperación y la urgencia casi adolescentes. Yo nunca quise saber su nombre. Estaba segura de que, de hacerlo, no podría continuar con lo nuestro. Así fue como Ella se convirtió en un pronombre y dejó de ser la persona con la que dormías para ser solo un incordio incorpóreo, un ente molesto nada más. Tú tomabas precauciones que a mí me parecían incomprensibles: eliminabas todos nuestros mensajes, me tenías registrada en tu agenda del móvil con otro nombre, jamás pagabas con tarjeta, evitabas ciertos barrios. Y aunque nos empeñábamos en sostener que lo nuestro era diferente, nos habíamos convertido en un tópico con patas: yo era la otra, y tú, un marido adúltero.

Y así, más evitando que buscando y por casualidad, llegamos a un pequeño bar oscuro que pasaba desapercibido entre dos cafeterías cuquis y modernas, de esas con bicicletas en las paredes, camareros con tatuajes que mastican chicle y madera clarita por todas partes. Justo entre las dos, perfectamente intercambiables, estaba aquel bar con mesas de formica y un camarero indolente que secaba vasos con un paño no muy limpio al fondo de la barra. Era perfecto. Lejos de tu trabajo y de tu casa, para que no te conociera nadie, pero no tanto como para que se convirtiese en una odisea para ambos llegar hasta allí. Yo lo hacía dando un paseo y tú siempre encontrabas aparcamiento. Así que convertimos aquel bar de barrio en nuestro centro de operaciones, un refugio seguro. Y fue desde entonces nuestro Dondesiempre.

5

Nuestro Dondesiempre era perfecto: Ella no habría entrado jamás con sus amigas en un lugar así y nadie de tu entorno te habría buscado en un antro como ese. Ni siquiera habrían reparado en él ni en mil veces que hubiesen pasado por delante de esa pequeña puerta, con un viejísimo rótulo de latón que decía «El Moderno», siendo lo señalizado más bien todo lo contrario. Me encantaba la sensación al llegar allí y casi matarme, una de cada dos veces, con aquel escaloncito traicionero que te daba la bienvenida al lugar con un amago de caída. Te veía ya en la barra, mientras trataba de recuperar la verticalidad, desentonando en traje y corbata en medio de monos de trabajo y carritos de la compra, y te alcanzaba en cuatro pasos. Te estampaba un beso, con las manos en tus rodillas, y tú pedías una cerveza para mí tras dar un trago a la tuya. Siempre así, en ese orden. Como una pequeña liturgia: la nuestra. Si era yo quien llegaba antes me encontrabas en el mismo lugar, encaramada al taburete, con un cómic entre las manos. Y entonces cambiaba el rito. Primero me quitabas el libro, tú nunca tropezabas, y lo dejabas sobre la barra. Me apartabas un rizo de la frente y me dabas un beso leve en la nariz. Luego, uno en los labios. Apurabas mi cerveza y pedías dos más. Siempre. Nuestros siempre: siempre andamos rápido, siempre pides dos cervezas sin preguntarme, siempre quieres pagar tú. Siempre me llamas «ratón», siempre sabes dónde ir a comer, siempre sabes lo que quiero, siempre encuentras taxi a la primera, siempre conoces el mejor hotel. Siempre me dejas sentarme en el rincón, con la pared a mis espaldas, mirando en dirección a la puerta de entrada. «En otra vida perteneciste a la mafia, ratón, estoy seguro», me dices. Siempre. Y echas un rápido vistazo a la carta para pedir por los dos mientras yo no puedo dejar de mirarte a ti.

Recuerdo el primer día que no tuvimos que escondernos y me llevaste a un restaurante carísimo. Nos sentaron en una mesa en el jardín, la del fondo. Supongo que habías reservado o quizá no hacía falta en tu caso, porque el camarero te llamaba por tu nombre y sabía el vino que ibas a pedir. Era todo tan fino y las señoras tan delicadas que me pareció imprescindible la travesura de quitarme las braguitas cuando fui al baño y deslizarlas en tu bolsillo al volver a nuestra mesa. Te sonreí con picardía al sentarme frente a ti, tú me miraste a los ojos, levantando una ceja tras tocarlas al introducir tu mano en el bolsillo, y supe lo que acababas de pensar. No volvimos a cruzar palabra mientras comíamos, con cierta urgencia contenida y sin dejar de mirarnos, y ese día no pedimos postre.

No te conté que me había encontrado con Ella esa mañana. No la había vuelto a ver desde la fiesta. No me reconoció o simplemente es que no sabía siquiera quién era yo. A mí se me paró el pulso por un segundo y a punto estuve de gritar, de tirarme al suelo, de confesar nuestra infidelidad y casi cualquier cosa de la que me hubiesen acusado en ese momento. Ella siguió

andando sin reparar en mí y yo me sentí pequeña y vulnerable. Por un instante hasta olvidé hacia dónde iba. Al girarme para asegurarme de que se alejaba, tropecé con el perro miniaturizado de una señora que chilló (el perro, no la señora) como si le hubiese pisado un hipopótamo. Me disculpé (con la señora, no con el perro) y aceleré el paso. Ella desapareció en dirección contraria entre la multitud de la avenida, ajena al tsunami emocional que era capaz de generar en una desconocida su eventual advenimiento. Solo tu sonrisa a través del cristal al verme llegar fue capaz, más tarde, de serenarme. Odié sentir que algo tan liviano podía alterar mi temple de esa manera. Y me refiero tanto a Ella como a ti, a su presencia y a tu sonrisa. Eso me convertía en alguien más termómetro que termostato, incapaz de marcar la temperatura por sí misma y limitada a mesurar la que otros determinan para ella. Y eso es algo a lo que tuve que acostumbrarme contigo, a que fueseis tú y tus actos los que influyeran de manera incontrolable en mi estado de ánimo. Pero en lugar de decirte todo eso, nada más entrar y alcanzarte, te besé. Y, mientras seguíamos al camarero hasta nuestra mesa, ya todo estaba bien. Sin tú saberlo, lo habías vuelto a hacer.

6

Me gustaba mucho mi apartamento. Pero llegó el momento de tomar la decisión. Tú llevabas ya un tiempo instalado en esta casa y cada vez había más cosas mías por todos lados. La mayoría de las noches me quedaba aquí porque tú detestabas dormir en la mía, y yo, dormir sin ti. Las ventanas no cerraban bien, decías. Era frío en invierno y caluroso en verano, los escalones de madera crujían, había humedades. Todo mal. Nada que ver con el cálido parqué que habías puesto y tu calefacción centralizada. Pero era un lugar especial, te he contado mil veces esta historia:

Cuando yo era pequeña, todos los sábados por la mañana venía con mi abuelo a la ciudad. Justo al lado de la plaza, en una de las bocacalles, en esa en la que instalaban los puestos de los animales (pollitos, patos, conejos), en el ático de un viejo edificio destartalado que hacía esquina, había una tienda de peces tropicales. Mi abuelo tenía, para desesperación de mi abuela y deleite de todos sus nietos, un acuario inmenso en el que convivían guppys, neones, guramis y un enorme pez gato con varias plantitas acuáticas y los restos de un naufragio en miniatura, con su tesoro y todo. Así que aquel laberinto de habitaciones llenas de peces de colores era parada obligatoria los sábados de mi infancia. A veces podía elegir alguno, otras veces mi elección era incompatible con la colonia ya existente. Un dálmata dormitaba en el descansillo y yo le rascaba detrás de las orejas, sentada en el último escalón del rellano, esperando, paciente como él, a que mi abuelo acabase.

Años después, en esa misma plaza, hablaba con el camarero del bar de la esquina mientras desayunaba y le contaba esa historia, no recuerdo por qué, cuando me dijo que el tipo de la mesa del fondo era el dueño del edificio. Era cliente habitual. Nos presentó, yo invité al café, y no solo era el dueño del edificio, sino que la tienda de peces tropicales había sido de su padre primero y suya después. Me ofreció visitarla. «Pero lleva muchos años cerrada y el dálmata ya murió», me avisó desde detrás de sus gafas, como disculpándose. Subimos aquellos cuatro pisos sin ascensor que antes había subido tantas veces agarrada a la mano de mi abuelo, ese día los escalones me parecieron menos altos, y se abrió, quejicosa, la puerta que custodiaba mis más queridos recuerdos infantiles. Él no entró y yo caminé por aquellas estancias pisando sal gorda y pedazos de cristales. Los acuarios, ya sin agua ni peces, llenaban las estancias. Del techo colgaban las cadenas que en algún momento sostuvieron fluorescentes. Alguna plantita acuática de plástico y piedras de colores descansaban por aquí y por allá. Un batiscafo, diminuto y triste, crujió bajo mis pies. Abrí los ventanales de la habitación más grande, donde yo ya me imaginaba un salón, y salí a aquel balcón que daba a la plaza y ocupaba todo el largo de la fachada. Observé el tumulto a mis pies y me gustó. «Alquílemelo», le dije saliendo al descansillo mientras me sacudía el

polvo de los vaqueros. Tras el inicial estupor del dueño, sellamos un pacto con un apretón de manos: no pagaría alquiler hasta el nuevo año (estábamos en abril) y así podría invertir ese dinero en adecentarlo. A partir de enero empezaría a pagar una renta bastante ajustada. «Me acuerdo de tu abuelo. Me gusta que seas tú quien vaya a vivir aquí», me dijo mirándose los zapatos y luego a su alrededor, evitando mis ojos. Creo que no confiaba demasiado en que aquello terminara siendo habitable, pero no quería desanimarme. Contra todo pronóstico, no solo acabó siendo algo parecido a un hogar, sino que tras un par de años viviendo allí, y un inesperado contrato indefinido en el periódico, decidí comprarlo. Para entonces, firmaríamos un nuevo acuerdo económico con otro apretón de manos y un tímido vistazo a sus zapatos mientras me decía una lindeza. Al café también invitaría yo.

Lo primero fue desarmar acuarios y descolgar cadenas. Lo de la sal fue más sencillo. Se diluía fácilmente con agua caliente, pero dejaba una desagradable capa de fango al mezclarse todo con el polvo. Cuando conseguí vaciar todo aquello y limpiarlo, encontré debajo un precioso suelo hidráulico apenas dañado en algún punto. Una pulidora alquilada y un amigo mañoso consiguieron arrancar a las viejas baldosas colores increíbles y descarté poner alfombras. Algunas puertas tenían carcoma y las quité. Poner otras nuevas no era algo que pudiera permitirme, así que algunos vanos quedaron así y en otros colgaron cortinas durante un tiempo, hasta que me cansé del ruidito que hacían constantemente las cuentas de colores. Unas semanas de trabajo duro, un aspirador estropeado, un corte en un dedo y alguna capa de pintura después, aquello podría pasar por algo parecido a un hogar. Los techos eran demasiado altos y ninguna pared era paralela a otra, el baño era muy grande, y la cocina, muy pequeña. La chimenea funcionaba y en medio de lo que sería el salón, inexplicablemente, había una bañera antigua con patas en perfecto estado. Me empeñé en conservarla y la convertí en un desubicado y desconcertante proyecto de jardín interior colocando dentro algunas plantas, elegidas por su resistencia más que por su belleza. Al quitar el papel pintado del vestidor apareció una puertecita casi pegada al techo que no me atreví a abrir. «Seguro que hay una familia de ratas o un cadáver». Podría haber pensado en un tesoro o en los ahorros de una anciana escondidos en una lata de galletas de mantequilla, cierto. Pero no, yo pensé en ratas y cadáveres. Así que sellé la puertecita con cinta americana y pinté encima sin mirar dentro. Había que fijarse mucho para descubrir que allí arriba, junto al techo, había una puerta.

No solo el apartamento era peculiar, también lo era el edificio: en el bajo había una cafetería de las de toda la vida, con sus camareros uniformados y serios tras la barra (uno de ellos, el que me había presentado al dueño, solo me sonreía a mí de entre todos los clientes) y una cocinera oronda con blanquísimos delantal y dentadura. En el primer piso, una peletería donde jamás vi entrar a ningún cliente, pero cuya dueña, diligente, abría de lunes a sábado con incansable y envidiable actitud. Tan inasequible al desaliento como las ondas imposibles de su permanente. En el segundo, una oficina en la que trabajaban dos hombrecillos calvos y con bigote, tan iguales entre ellos que, si nunca los hubiese visto juntos, podría haber jurado que eran solo uno. No tengo ni idea de a qué se dedicaban con exactitud, pero creo que en ese piso, hicieran lo que hicieran, la vida era en blanco y negro. Todo dejaba de ser en color al llegar al descansillo y no volvía a serlo hasta que alcanzabas el del tercero, en el que no había puerta. Nunca supe si la oficina era un dúplex o si alguien había tapiado aquella entrada por alguna razón. Inventé historias, palpé la pared, pegué el oído al lugar al que le correspondería lucir una entrada a algún sitio. Pero jamás conseguí saber lo que ocurría realmente ni qué había al otro lado. Nadie tenía ni idea. Ni siquiera el camarero enojado de sonrisa exclusiva, que se llamaba Julián y acabaría

encargándose de que cada mañana, desde que me instalé y tuve mi mesa preferida, esta permaneciese libre y con el periódico disponible a la hora en que yo bajaba. El cuarto era el mío. En el último tramo de escalera, justo antes de llegar, los escalones se vestían con una moqueta, ahora roñosa, pero que en algún momento debió de ser elegante. El penúltimo crujía como un gatito enfadado, lo que abortaba todo intento de visita inesperada. Cuando finalizaba el horario comercial, yo era la única moradora del lugar. Y eso, lo admito, me gustaba.

7

En todas las cajas escribí un enorme «ENSERES DOMÉSTICOS», pese a tus protestas, con un rotulador rojo y grueso comprado expresamente para la ocasión. «Si todas las cajas se llaman igual —me decías—, no serás capaz de encontrar nada, ni habrá manera de saber qué hay en cada una antes de abrirla». Aquella mudanza estaba a punto de convertirse en una tómbola y, de paso, desquiciarte. Tú querías que se encargase de todo una empresa especializada, una de esas con empleados vestidos de uniforme que lo empaquetan todo con sumo cuidado y cuando llegas a casa, a la nueva, lo encuentras dispuesto igual. Sin estrés. Las mudanzas generan un estrés horrible, casi tanto como un divorcio. Deberían existir también las empresas con diligentes empleados uniformados que se encargasen de gestionar los divorcios como si fuesen mudanzas. Yo te decía eso y también que no necesitábamos ayuda: un tercio de mis cosas iba a la basura, otro tercio pensaba regalarlo y el último cabía en tu coche dentro de unas cuantas cajas. Pensaba limpiar a fondo, pintar el piso, hacer un par de arreglos (pagar para que los hiciesen, en realidad) y ponerlo en alquiler. Tú estabas convencido de que aquello necesitaba algo más que una mano de pintura para que alguien, aparte de mí, quisiese vivir allí. Yo fruncía el ceño como si le hubieses faltado al respeto a mi inexistente hijo favorito. Enseres domésticos, continuaba insistiéndote para tu desesperación, era el epígrafe perfecto para aquella mezcla de objetos inservibles, ropa y libros que, al aterrizar sobre el parqué de este salón, me pareció fuera de lugar, tan ridícula y colorida. Entre tus muebles de diseño y tu escrupuloso orden, tanto blanco y tanta madera, aquel fragmento de mi vida anterior parecía un accidente. La mitad de aquello acabó en la basura tras una nueva criba improvisada y el resto cabía perfectamente en el armario y los cajones que habías dejado libres para mí. Nuestras vidas encajaban como las piezas de un puzle. Semejante cursilada dicha en voz alta te hizo reír. Ese día cenamos *sushi*.

Así escrito parece fácil: nos conocimos, nos enamoramos y nos fuimos a vivir juntos. En realidad, había sido mucho más complejo y ambos éramos conscientes de ello. Pero en ese momento, al cruzar el umbral de la puerta con la última de las cajas y verte de espaldas, sacando de la nevera las dos cervezas heladas con las que íbamos a celebrar que me acababa de instalar, sentí que había llegado a casa. Y esa es una sensación que yo nunca había tenido antes. Jamás me he sentido en casa. Siempre he tenido la sensación de estar de paso, de que todo es eventual. Incluso de niña. Recuerdo estar sentada en el suelo de mi habitación infantil, sobre la alfombra, jugando a saber con qué. No tendría más de siete años. Ya entonces no podía soportar los ruidos cotidianos. Los pasos de mi madre deambulando por la casa, el sonido del ascensor, golpes en la

pared, puertas que se abrían y cerraban. Cualquier sonido parecía anticipar algo extraño y amenazante, susceptible de anunciar el fin de un estado y el inicio de otro. Y ese otro y futuro estado, desconocido por mí, me producía una desazón inabarcable. Esa sensación se repite y multiplica, atravesando todos mis recuerdos como un nervio: sentada a la mesa de la cocina desayunando, en el sofá con mi padre viendo nuestra serie preferida, en la playa con mis hermanos construyendo castillos de arena. Siempre estoy haciendo algo agradable y me acecha otro algo inminente que podría no serlo, así que la placentera sensación se ensombrece. Creo que fue entonces, ya durante la infancia, cuando fui consciente de que odio los cambios. Por pequeños, imperceptibles, insignificantes que sean. Andar por la acera y bajar un bordillo, por ejemplo. Ese pequeñísimo gesto que cualquiera hace de manera automática y sin reparar en él puede provocar en mí una momentánea angustia mal manejada. Y creo que por eso me gustan los aeropuertos. Porque mi cerebro ha desarrollado una herramienta de autodefensa que convierte todo cambio, ese tránsito que me desnorta, en un estado en sí mismo. Y esa es la máxima expresión del concepto. Te lo explico otra vez: el aeropuerto es el lugar de paso por excelencia, transición en estado puro, cambio nivel ninja. Pasas de estar en un lugar a estar en otro y vas allí para eso en concreto. Te despides de alguien para ser recibido más tarde por otro alguien diferente, dejas atrás y luego encuentras. Pero si, en lugar de llegar con el tiempo justo para facturar, andar a toda prisa, buscar la puerta de embarque, atravesar un control y un *finger* y subir al avión, llegas con el tiempo suficiente para realizar allí alguna tarea, aunque esta no apremie (tomar un café, enviar un par de *mails,* escribir un artículo, hacer una llamada), lo conviertes en una estancia en sí misma. El aeropuerto deja de ser un lugar de paso para convertirse en un lugar en el que estar. Y así, por la misma razón por la que llego siempre con varias horas de antelación a coger un vuelo, toda mi vida se ha desarrollado evitando los cambios. Y contigo, por primera vez, sentí que algo era un estado y no el paso previo a uno que sería, luego, el paso inmediatamente anterior a otro, que anticiparía el siguiente. En el mismo momento en que dejé caer al suelo la última caja de enseres domésticos y di tres pasos para coger la cerveza que me ofrecías sentí que estaba, por fin y por vez primera, donde tenía que estar: en casa.

8

Fue agradable sentir el olor a café recién hecho que llegaba desde la cocina. Y que fuera eso, en lugar de la alarma del móvil, con la suave luz que entraba por la ventana, lo que me despertase ese día. Me estiré, holgazana, debajo del nórdico. Rasqué cinco minutos más de perecitas a la mañana y me arrastré hasta la cocina, donde ya me esperaban mi taza de café con leche, del tono de marrón exacto, ni muy oscuro ni muy claro, y un par de tostadas sobre la mesa. No era la primera vez que me despertaba en tu casa, pero sí la primera en la que hacerlo aquí significaba hacerlo también en la mía. Así que cuando me dijiste que habías pedido a tu secretaria que te despejara la agenda para tomarte el día libre me pareció que convertir aquel martes en un domingo era la mejor idea de entre todas. Me preguntaste qué me gustaría hacer y lo que más me apetecía en aquel momento lo podíamos hacer allí mismo. Volvimos, atolondrados y sin mediar palabra, a la cama. A mediodía salimos a comer (cualquier cosa) y caminamos por la ciudad (sin rumbo fijo). A veces de la mano, a veces no. A veces me quedaba rezagada mirando algo y tenía que corretear para alcanzarte. Recorrimos el barrio como si fuese uno nuevo y no lo hubiésemos visto nunca. Desconectamos los teléfonos, decidimos dónde ir de vacaciones los próximos cien años, cómo llamar a veinte hijos, el lugar perfecto para cuarenta segundas residencias. Entramos y salimos de todas las tiendas de segunda mano en las que algo llamaba mi atención. Compramos una silla vieja, un cartel antiguo y oxidado de un colmado ya cerrado y un montoncito de fotos antiguas a cuyos protagonistas inventamos vidas y nombres. Tomamos cañas en la barra de cada bar que fuimos encontrando a nuestro paso. Era nuestro día. La cena la pedimos para llevar y tardamos más en elegir película que en quedarnos dormidos, abrazados en el sofá. Aquel día fue perfecto y lo serían, o al menos lo parecerían, todos los que lo siguieron. Con sus cositas, diría Natalia. Pero perfectos, le contestaría yo.

9

Natalia siempre termina las frases de los demás, no puede evitarlo. Por eso, si me escuchase decir que lo nuestro había sido perfecto hasta Ese Día, añadiría ese tan suyo «con sus cositas» antes de que yo pudiese pronunciar en voz alta la última sílaba. Y es que si alguien conoce bien esas cositas es ella, mi mejor amiga de entre mis mejores amigas. Tú te reías siempre de mí cuando lo decía porque en tu cuadriculada cabeza no entra que pueda existir la categoría de mejores amigas. Si hay varias es que ninguna es mejor, y, si Natalia es la mejor entre las mejores, es que es la mejor. Y eso anula el nombramiento como mejores amigas del resto. Así pues, solo puede existir una mejor amiga. Y una sola mejor amiga no justifica la existencia de toda una categoría, pues la misma palabra engloba ya la totalidad del contenido. «Eso lo dices tú —zanjaba yo cuando insistías—, porque no tienes un mejor amigo de entre tus mejores amigos. Todos tus amigos son igual de amigos, ni mejores ni peores. Sin gradación —te decía—, no hay mérito».

—Funcionamos por comparación, amor —intentaba convencerte.

Y con esa frase empezaba siempre una carrera absurda por ser el mejor beso, el mejor abrazo y el mejor polvo de tu vida. Pero esa es otra historia. Yo ahora quería hablar de Natalia. Natalia era mi mejor amiga de entre todas las mejores por muchas razones, aunque tú no lo entendieras. La fundamental es que siempre estaba de mi lado. Podía contarle lo que fuera y ella siempre sabía si era el momento de escucharme y darme la razón sin más, de ofrecer un consejo o de ayudarme a buscar solución de forma activa. Eres el novio perfecto, nos decíamos la una a la otra y rompíamos a reír. Su risa es contagiosísima, ya lo sabes. Soy incapaz de no reír si ella lo hace antes. Y aunque no conseguiste aplicar nunca la parte de escuchar y dar la razón, sin tratar de ayudar o buscar juntos una solución, lo intentabas.

—Pero a ver… —me decías, mirándome muy fijo, reprimiendo una sonrisita.

Yo te lo explicaba de nuevo, suspirando: a veces solo quiero que me escuches, desahogarme, que me digas que sí, sin más, sin buscar en mis palabras coherencia o lógica. No quiero racionalizarlo todo, ni reconocer que estoy siendo injusta en mis reacciones en ese mismo momento. Eso ya lo sé, la mayoría de las veces, cuando ocurre. Por eso cuando sucede no me siento precisamente bien y por eso lo que necesito no es escuchar en voz alta, en boca de otra persona, aquello de lo que yo ya me he dado cuenta y me desagrada. Solo quiero que se me pase esa sensación. Y lo mejor es escucharme y asentir, sabiendo que luego me encontraré mejor y, entonces ya sí, podremos hablar del tema como personas adultas. O no, porque habrá dejado de ser importante. Tú me dabas un beso en la frente interrumpiendo mi perorata, ya la conocías, y te reías.

—Natalia lo hace muy bien —te decía.

Y entonces me agarrabas y tirabas de mí hacia ti, daba igual lo que estuviésemos haciendo, y me preguntabas si todo lo hacía mejor Natalia. Yo me hacía la enfurruñada intentando zafarme de tus brazos y tú me hacías cosquillas. Y no, Natalia no lo hace todo mejor que tú, hay cosas que, claramente, tú haces mejor (no te rías), pero hablar con ella es como hablar conmigo misma. Sé que no me juzga y que es capaz de colocar cada cosa que digo en la escala exacta de preocupación de ese instante, con independencia de que un minuto después deje de ser crucial para mí o pierda toda gravedad, que tres horas antes haya dicho lo contrario, o que sea, directamente, una monumental chorrada. Entiende, sin necesidad de que yo se lo recuerde, que no todo mensaje expresado en voz alta es vinculante y que, sobre todo en un momento de rabia o dolor, todos tenemos derecho a desdecirnos e incluso a contradecirnos. La indulgencia leal de Natalia es un alivio porque me permite ser yo misma siempre. Y ese «yo misma» no tiene por qué ser lúcido, sagaz y chispeante. Bien puede ser rencoroso, desagradable y cínico. Y en ocasiones lo es. Y ella sabe relacionarse con mi peor cara con el mismo cariño con que lo hace con la mejor de ellas. Creo que sentí esa afinidad en el mismo momento en que la conocí. Recuerdo ese día con precisión milimétrica. Segundo a segundo. Puedo cerrar los ojos y recrearlo a tiempo real con todo detalle:

10

Llegaba tarde el día que la conocí. Esa era la razón, y no otra, por la que caminaba a toda prisa dando saltitos entre el tráfico, tratando al mismo tiempo de no perder el equilibrio o tropezar y de que las botellas de vino que acababa de comprar no se golpeasen dentro de mi bolso.

—Quédate —me había dicho mientras yo intentaba escabullirme de sus besos y alcanzar la ducha.

—No puedo —le había contestado yo mientras me apartaba el flequillo con los dedos.

Y por una vez era verdad que no podía. Normalmente ese «no puedo» era una fórmula cortés para no ofrecer la peor versión de mí misma, tú la conoces: esa que va desde que abro los ojos al despertar hasta que tomo el segundo café, el que me permite socializar y manejar con soltura las más elementales normas de urbanidad. Antes de eso, el mundo me parece un lugar hostil, todo me da miedo. Estoy intratable. Nadie me cae bien. Gruño y mascullo en lugar de hablar. Por eso jamás desayuno con nadie excepto contigo: antes del segundo café no me soporto ni yo y no es necesario que trascienda. No era esa la primera imagen, la que me habría devuelto el reflejo de un escaparate si me hubiese detenido a mirar hacia allí, la que había planeado dar justo ese día. Pero había quedado la noche anterior a cenar con unos amigos y esos amigos habían traído a otro amigo. Nos presentaron, nos caímos bien, una cosa llevó a la otra y acabé durmiendo (es un eufemismo) en el apartamento de ese amigo de unos amigos, en la otra punta de la ciudad, en lugar de hacerlo en mi casa. Y al día siguiente, sin tiempo para pasar por allí, tuve que correr hasta la estación, donde me puse un vestido recién comprado sin probármelo siquiera, para no aparecer en el Jardín con la misma ropa con la que me había emborrachado la noche anterior y que había amanecido tirada y arrugada a los pies de una cama ajena. Demasiado lejos de mi armario y del modelito primorosamente elegido durante días para esa comida en concreto. Con suerte, pensaba, me daría tiempo a cambiarme después de tomar un café horrible y dos ibuprofenos. Justo antes de subirme a un tren que, seguro, sería el equivocado (me conozco) para llegar con retraso, si tras rectificar todo acababa yendo bien, a una exclusiva urbanización de las afueras donde un montón de gente que todavía no sabía nada de mí estaría pensando que era impresentable e impuntual. Un bocinazo me obligó a dar un respingo y casi caí encima del capó de un coche. Alguien desde dentro me gritó: «¡Cuidado, señora!». Señora. Lo que me faltaba. Le miré con cara de asco mientras me daba dos toquecitos con el dedo índice en la sien, cuestionando su salud mental con un solo gesto. Estaba a cuatro calles de la estación y si no me entretenía más ni me equivocaba podía, incluso, llegar con un leve retraso. Uno disculpable, pensaba. Así que prescindí de mostrarle mi dedo corazón, que es lo que me apetecía. Salí corriendo, pisé un charco y blasfemé en voz alta sin aminorar la marcha. Unos minutos después

había conseguido sentarme por fin ante un café con leche tamaño extragrande en un deprimente bar de estación, tras hacerme con un billete a mi destino y cerciorarme del andén del que saldría el tren correcto, la hora exacta y la ubicación de todos los accesos. Tenía unos minutos y estaba casi segura de que lo lograría. Engullí los dos ibuprofenos que llevaba en el bolso. Mi lamentable yo de esa mañana agradeció el gesto a mi previsor yo, mucho más lozano, del día anterior. Confié en que también se habría encargado de evitar que enviase algún desafortunado wasap a deshoras.

Di un sorbo al café y cogí el periódico para ir directamente a la contra y leer su columna. No sé por qué seguía haciendo eso, por qué seguía siendo lo suyo lo primero que leía al abrir la prensa. Cuando estábamos juntos la leía el día anterior a publicarse. Justo antes de enviarla al diario, me la enviaba a mí. Me encantaba saberme la primera, deleitarme con cada una de aquellas palabras que aún no había podido leer nadie más, en el minucioso orden que había elegido para cada una de ellas. Disfrutaba al mismo tiempo de una cerveza fría y de su columna para, al terminar, llamarle por teléfono y decirle cuánto me había gustado. Incluso cuando no estaba de acuerdo con él, las menos de las veces, no podía dejar de admirar su forma de exponer razones, de hilar el discurso, de enlazar ideas. De ser divertido sin resultar superficial, de ser profundo sin parecer pedante. Me jodía comprobar, día tras día, que continuaba siendo así. Dejé de leerle cuando te conocí, pero ese día todavía lo hacía y es justo reconocerlo, aunque no aporte demasiado al relato de los hechos que me ocupa. Doblé el periódico y lo lancé a la mesa contigua con una rabia que ahora me cuesta recordar cómo se sentía, pero sé que existía. Ya entonces sabía que debía dejar de buscar señales de cómo se encontraba o qué era de su vida en cada uno de los rincones de sus textos. Hasta hacía bien poco podía descifrarle. Sabía que si utilizaba una palabra en lugar de otra había en él un matiz furioso, o satisfecho, o indignado, o burbujeante. Y en aquel momento, ya no, pero sí entonces, me gustaba imaginarle desdichado, casi echándome de menos. Estoy casi segura de que traté de sacarle de mi cabeza pensando en otra cosa, aunque no lo recuerdo. En algo, quizá, como que el vestido que había comprado era más corto de lo que me había parecido en la tienda, pero que aquel color me favorecía. Todo lo que podía favorecer a alguien cualquier color visto en el reflejo del espejo de un baño de estación mientras se hacen malabarismos para no tocar absolutamente nada y evitar todo contacto con a saber qué. Me refresqué, me peiné un poco (muy poco) y salí corriendo hacia el andén.

11

Por algún tipo de azar que ni siquiera entonces aspiraba a comprender, conseguí entrar en el último segundo y en la dirección precisa al tren correcto. Me senté junto a la ventanilla y, por primera vez en lo que llevaba de día, respiré experimentando algo parecido a la tranquilidad. El reflejo en el cristal me regalaba una imagen de mí misma con el pelo más alborotado de lo que me hubiese gustado. Decidí que no estaba tan mal, que me daba un aspecto casual y desenfadado. Como si una invitación a comer en el Jardín no fuese para tanto, como si aquello fuese algo que a alguien como yo podía ocurrirle todos los días.

Tampoco es que hubiese sido una invitación formal, con tarjetón en sobre lacrado, indicando día y hora, y código de vestimenta. No llegó un lacayo a mi puerta para entregármela con una reverencia, ni me probó un zapatito de cristal con delicadeza. Había sido algo más contemporáneo e informal, de andar por casa. Pero no dejaba de ser una invitación al Jardín. Un amigo, más bien un conocido, alguien con quien de vez en cuando tomaba unas cervezas sin recordar cómo nos conocimos ni cuándo, había estado con El Escritor. Se conocían a través de alguien, habían coincidido en la presentación de algún libro y después habían tomado una copa juntos. En la conversación aparecí yo. Este conocido contó alguna anécdota, se citó alguna de mis columnas (una columna mía en boca de El Escritor, El Escritor leyendo mis columnas, yo sufriendo un desmayo), se dijo alguna lindeza. Me llamó por teléfono al día siguiente: se celebraba una comida en el Jardín en dos semanas y había sido invitada. Por supuesto, dije que sí sin pensarlo. Sin hacerme la interesante siquiera, sin demorar un poco la respuesta indicando que tendría que consultar mi agenda o comprobar que no tenía ningún compromiso. Dije que sí al instante. Porque, aunque hubiese tenido una cita importante, no sé, un trasplante de corazón programado justo para ese día después de años en infernal lista de espera, la habría anulado. Y no era necesario disimular: todo el mundo quiere ser invitado al Jardín. Yo también quería.

El Jardín es, literalmente, un jardín. No es una metáfora. Ni es el nombre más o menos acertado de un restaurante de moda con plantitas colgantes por todos lados en el que hay que reservar con meses de antelación, ni el club privado y exclusivo propiedad de una estrella mediática, ni la sede de una secta con refinada liturgia iniciática y reservado derecho de admisión. El Jardín es solo un jardín. Bueno, no solo un jardín: es el jardín de la casa de El Escritor, a las afueras de la ciudad. Y el lugar en el que, si no has estado nunca, no eres nadie. La primera vez que escuché hablar del Jardín fue a aquel novio columnista al que no conseguía olvidar, en una cena con unos amigos suyos, compañeros del periódico, que no me caían demasiado bien. Una de esas a las que no tienes más remedio que asistir para luego no tener nada de que hablar con nadie y acabas pasando el rato, horas que parecen días, mirando el plato con

atención, contando miguitas de pan en el mantel y qué rico todo y muchas gracias y qué bien y repetimos pronto, por favor. Entre la miguita 88 y la 89, más o menos, alguien mencionó el Jardín y lo imaginé como mi particular Brigadoon, un lugar legendario e inalcanzable salvo que los astros confluyeran en asombrosa sincronía, una vez cada cien años. O doscientos. Tal vez nunca. Ninguno de ellos había sido invitado y hablaban del lugar con ese desdén, esa indiferencia impostada del que desea algo con fuerza porque cree merecerlo más que nadie, pero no quiere que se note que vendería a su madre por lograrlo. Porque al Jardín uno no va si no le invitan y no se pide ser invitado. Es una norma no escrita.

El traqueteo del tren me acunaba mientras veía pasar la franja verde de los árboles a mi derecha y, a mi izquierda, un par de adolescentes no apartaban ni un segundo la mirada de sus móviles (ignorándose entre ellos), una señora dormitaba (no roncaba, pero respiraba fuertecito) y el estampado de los asientos me ofendía como ofendería el horrendo papel pintado de un hotel ruinoso al moribundo Oscar Wilde. Intentaba no distraerme ni quedarme dormida. No quería pasarme de parada, pues una equivocación transformaría mi ligero retraso en una impuntualidad difícil de justificar sin introducir en el relato una enfermedad o un accidente. Cuando la voz metálica anunció por fin mi parada, me levanté como se levantaría una jubilada ludópata en el bingo al cantar línea. Bajé atropelladamente y aparecí, desorientada, en medio de ninguna parte. El tren se alejó y me dejó allí, sola en el andén. Penélope.

12

La voz sexi de la aplicación de mi móvil me guiaba, chivándome hacia dónde debía caminar, y yo la obedecía. Todo parecía indicar que solo sería un paseo. Podría haber dicho que no conduzco y alguien habría venido a esperarme, pero sabes que no me gusta dar demasiadas explicaciones y llegar a los sitios no deja de ser un problema exclusivamente mío y no de los demás. Dada mi neurosis, suelo llegar a los lugares que no conozco con la suficiente antelación como para echar un vistazo antes, dar varias vueltas por la zona, controlar todos los accesos y, si es un lugar público, ver el interior. Visto desde fuera, nunca lo había pensado hasta ahora, podría parecer bastante sospechoso. Una loca merodeando durante un buen rato, que luego se toma un café (una cerveza si son más de las doce) en el bar más cercano para acercarse de nuevo pasados unos minutos, como si acabase de llegar. No sé la razón exacta por la que lo hago, pero me inquieta sobremanera estar en lugares desconocidos. Necesito saber por dónde se entra, por dónde se sale, la disposición del mobiliario, dónde está el baño, conocer el horario y los alrededores. Pero ese día llegaba tarde y no tenía ni idea de hacia dónde me dirigía. Tenía que confiar en una voz sexi y artificial que guiaba mis pasos hacia no sabía muy bien dónde y, una vez allí, alguien desconocido por mí me recibiría. Yo farfullaría alguna frase de la que me arrepentiría durante toda la comida, porque no iba a ser, eso seguro, ni la más ingeniosa ni la más apropiada, sino todo lo contrario. Probablemente un chiste sin gracia que provocaría un silencio incómodo y congelaría sonrisas y vaciaría habitaciones. «Podría decir que el tráfico estaba imposible», pensé. Pero también pensé que si alguien no sabía que llegaba andando desde la estación y que ni siquiera tengo carné de conducir, y es muy posible que nadie lo supiera, el chiste perdería toda la gracia. La poca que tenía, reconozcámoslo. Podía decir que había perdido el tren, lo cual era verdad, pero alguien podría preguntar si me había pasado algo y no quería que lo primero que contar ante toda esa gente, a la que presuponía interesantísima y brillante, fuese el relato de cómo el día de antes me había bebido hasta los charcos y acabado en la cama del amigo de unos amigos cuyo nombre ni siquiera recuerdo y al que espero no haber dado mi teléfono. O, al menos, no haberle dado el correcto. También podía simplemente saludar: «Hola, qué tal. Muchas gracias por la invitación. He traído vino. Como no sabía si elegirlo blanco o tinto, he traído una botella de cada. Además, las he elegido por la etiqueta, porque no tengo ni idea de vinos. Por esa razón llevo en mi bolso en este momento una botella con la foto de una niña antigua, que bien podría estar muerta, saltando a la comba entre grandes letras doradas. Y otra con angelitos regordetes sujetando cintas y flores sobre una nube en la que pone “frikis”».

De pronto, y sin saber por qué, dejó de parecerme tan divertida aquella etiqueta. Elijo los vinos siempre por la etiqueta, sí, y los libros por la portada. Esa soy yo. Excepto aquellos que

tengo que leer por trabajo y los que me regalan o recomiendan, claro. Pero esos no los elijo, así que mi afirmación sigue siendo cierta: elijo los libros por la portada. Pero eso sería mejor que no lo dijese en el Jardín, donde El Escritor y sus invitados seguro que tenían, y siguen teniendo, razones poderosísimas para seleccionar un libro y no otro. Porque leer un libro implica dejar de leer montones de ellos, por un elemental (y deprimente) cálculo temporal. Y no se puede confiar para algo así en el azar o en el mejor o peor gusto estético del departamento de diseño de las editoriales. Estaba segura en aquel momento de que también tendrían poderosísimos motivos para elegir entre un vino y otro. Y seguro que ninguno de ellos era el atractivo de su etiqueta. Mis vinos de preciosas etiquetas me hicieron sentir entonces insegura. Todavía más. La voz sexi me indicó que girase a la izquierda como podría haberme pedido un beso. Y yo le hice caso. Me indicó que continuase caminando durante unos metros para girar a la derecha más adelante, y yo le hice caso. Me indicó que avanzase hasta el final de la calle, le hice caso, que girase a la derecha de nuevo, lo hice, a la izquierda ahora, lo hice. Acababa de llegar a mi destino y me lo hizo saber. Mi destino era un callejón pequeño y sin salida. Como predicción de futuro, era desolador; como fin de trayecto, desconcertante. No escuchaba más que el silencio y la brisa ante un muro alto cubierto de hiedra con un portón de color óxido. Pero no atisbaba un timbre por ningún sitio. Gritar no parecía una opción elegante, así que decidí llamar por teléfono. Saqué de nuevo mi móvil y, justo en el preciso instante en que conseguí encontrar el wasap exacto en el que mi conocido me daba el número de teléfono de El Escritor, ese que nunca llegué a agregar a la agenda de contactos ni a apuntar en ningún sitio, se apagó. No. No, no, no. No me podía quedar sin batería justo entonces. Solo necesitaba dos minutos, dos. Lo imprescindible para llamar y pedir que abriesen, para comunicarle a alguien que estaba en la puerta. Pulsé el botón de encendido con la esperanza de que mi teléfono fuese tan idiota como para haberse equivocado y que en ese momento, gracias a mi optimista insistencia, encontrase dentro de sí mismo esa pequeña reserva de batería que yo necesitaba. No fue así, por supuesto. «No pierdas la esperanza —me dije—. Estás en la puerta del Jardín, así que lo más difícil ya lo has conseguido. Ahora solo tienes que encontrar la manera de entrar o de lograr que alguien que ya esté dentro repare en tu presencia y facilite que eso ocurra». Buscar un timbre seguía pareciendo, a simple vista, la mejor opción. Y no debería ser tan complicado. Tracé con celeridad una estrategia que consistía en examinar el portón muy de cerca. Los timbres están siempre próximos a las puertas. O, al menos, no demasiado lejos. Por una mera cuestión de optimizar su utilidad. Aquel portón rugoso, de un marrón rojizo, me pareció entonces y a tan corta distancia mucho más moderno de lo que podría haber esperado. Quizá me había hecho una idea del Jardín demasiado versallesca. ¿Cómo sería el timbre adecuado para aquella entrada? Jamás me había parado a pensar en el aspecto de los timbres y su variedad. Ni siquiera en la posibilidad de tener que elegir uno en relación con la puerta a la que acompañaría. Mis casas, las casas que había ido habitando desde que recuerdo y hasta ese día, siempre habían llegado a mí con un timbre asignado. Excepto la de mi primer apartamento como persona independiente, un tercer piso sin portero automático ni timbre en el que la gente gritaba mi nombre, desde la calle peatonal a la que daba la entrada, y yo lanzaba desde el balcón un paracaidista de plástico al que había insertado la llave del portal en el pie izquierdo. Entre el segundo y el primer piso, si era lanzado con destreza, se desplegaba el paracaídas y aterrizaba con suavidad sobre la acera. Mis diligentes visitas abrían ellas mismas la puerta con el funcional pie izquierdo del paracaidista y subían los tres pisos sin ascensor hasta mi destartalado hogar. El resto, todas sin excepción, habían lucido junto a la puerta un utilísimo y fácilmente identificable timbre. Unos blancos, otros cromados, algunos gastados por el uso,

relucientes, grandes, pequeños, estruendosos, casi inaudibles. Pero aquel portón de aspecto industrial no aceptaba un vulgar timbre adquirido en cualquier ferretería. Tampoco una antigüedad con filigranas. Miré el borde, muy de cerca, y toqué con el dedo una pequeña protuberancia en el muro que resultó ser algo pegajoso de dudosa procedencia y no un interruptor muy vanguardista. Con cara de asco me limpié el dedo en la hiedra, lo olí arrugando la nariz y continué buscando algún artilugio sonoro que pudiera servir para llamar la atención de quien fuera que estuviese dentro en esos momentos. La puerta se fue a abrir, justamente, cuando yo estaba en cuclillas palpando la parte inferior, como si quisiera encontrarle algún ganglio inflamado a tan flamante y contemporánea estructura. Mi primer saludo, pues, fue a una rodilla. Estupendo.

13

Por un sendero empedrado que se dirigía hacia alguna parte, dejando atrás el muro y el moderno portón de entrada (sin llegar a saber si había allí un timbre o no), avancé detrás de aquella mujer, la misma que había abierto la puerta y cuyas rodillas, que eran lo que quedaba justo a la altura de mis ojos cuando la vi por primera vez, podría identificar a partir de entonces y en cualquier lugar, entre cientos de rodillas. No así su cara. Atravesamos una puerta de cristal y aparecimos en una sala muy espaciosa que denominé, en mi cabeza y para siempre, «el vestíbulo». Nunca he sido muy buena titulando. La luz entraba desde arriba, por grandes ventanas que yo no había visto. Había una amplia escalera al fondo. La fachada cubierta de hiedra me había impedido saber cuántas alturas tenía la casa (tres), si había ventanas (las había) e, incluso, si debajo de todo aquel exuberante verde estaba, efectivamente, la casa. Y, de estar allí, no una cualquiera: la casa de El Escritor.

El Escritor era el autor de mi libro favorito, del libro tótem al que siempre volvía. El único libro, a mis ojos, cuyas páginas parecían contener las precisas e imprescindibles instrucciones de uso y disfrute de la vida. El que siempre estaba en mi mesita de noche, junto a un cómic de Krazy Kat. Porque en esas dos obras me parecía encontrar entonces la respuesta encriptada a toda duda existencial. Él era para mí el mejor escritor vivo. Pero es muy posible que lo fuese porque solo leo a escritores muertos y, en aquel momento, a él. Lo que lo convertía no solo en el mejor escritor vivo, sino en el único. Y aquella situación, para una persona rabiosamente atea como yo, era lo más parecido a conocer a Dios. La mujer a la que perseguía continuó avanzando sin girarse, estancia tras estancia. Y yo detrás de ella, hasta llegar a una gran cocina al fondo de la cual había una puerta enorme que daba al Jardín. Porque aquello que se veía desde donde yo estaba debía de ser el Jardín. Cuando llegué a la puerta, la mujer había desaparecido y yo, ya sola, miraba desde allí hacia el exterior. Ya no parecía una puerta, sino más bien el hueco que habría dejado una pared al desvanecerse. El suelo de cemento pulido salía de la estancia y se extendía más allá, hasta el porche, como si fuese una prolongación de la cocina y los conceptos exterior e interior no tuviesen mayor sentido ni utilidad. Alrededor de una mesa se encontraban ya sentadas y en animada charla unas cinco o seis personas. Dos más conversaban de pie un poco más allá, una tercera hablaba por teléfono bajo un árbol, otras dos paseaban junto a la piscina. Si una valkiria hubiese emergido de ella en ese momento sobre un delfín recitando a Verlaine entre angelitos que tocaran la trompeta, no me habría sorprendido lo más mínimo. Nadie reparó en mi presencia. Sonaba una suave música que yo no era capaz de identificar y sentí unas irremediables ganas de salir corriendo de allí. Las mejillas me ardían, necesitaba respirar hondo, pero no quería hacerlo, como me pedía el cuerpo, abriendo mucho los ojos y la boca, aspirando todo el aire

posible e inflando a continuación los carrillos, como si fuese a sumergirme en el océano a rescatar al último bebé del planeta, del que dependiese la supervivencia de la especie. Traté de hacerlo poco a poco y con disimulo al tiempo que intentaba calmarme para rebajar la temperatura de mi cuerpo y, de paso, el rojo incandescente que imaginaba en mis ardientes mejillas. Alguien me cogió del brazo y yo grité. Escuché mi nombre y solo acerté a farfullar algo parecido a «he traído vino». Y en la sonrisa más hermosa que había visto en mi vida estalló una carcajada. Nerviosa y torpe, traté de parecer menos estúpida de lo que llevaba pareciéndolo los últimos minutos.

—Sí, soy yo —dije muy bajito.

—Y has traído vino —contestó aquella sonrisa Cheshire y yo sonreí con ella.

Ya no me apetecía irme. Sacó las botellas de vino de mi bolso con la confianza con que lo haría una amiga de toda la vida y así me hizo sentir. Mientras las ponía sobre la interminable encimera de la cocina le expliqué que había traído vino blanco y también tinto porque no me decidía, y que la elección de cada una de aquellas botellas obedecía a la ancestral y claramente falible técnica de seleccionar por la etiqueta y no por la calidad, el precio o la fama. Cuando dijo que le encantaba la etiqueta de los angelotes frikis terminó de tranquilizarme del todo. Metió en la nevera la botella de vino blanco con los angelotes y sacó al mismo tiempo una bien fría. Una que yo jamás habría elegido, entre cientos, por su etiqueta. Sirvió dos copas. Me ofreció una y brindamos. Deduje, por la seguridad y la confianza con que se desenvolvía por la casa, que era la pareja de El Escritor. Aunque por su edad, muy próxima a la mía, supuse, podría ser su hija. Me presentó a las dos personas que entraron en la cocina en ese momento y que eran las mismas que antes charlaban de pie en el jardín. Volvieron el calor y las ganas de irme: eran un reconocido académico y una galerista de arte famosa. Me aferré a mi copa de vino como se agarraría cualquiera a la cornisa de un edificio en llamas. Temía ser impertinente, resultar desubicada, fuera de mi hábitat natural. Pero es que, desde luego, aquel no lo era: una cocina en la que podría caber sin dificultad el primer apartamento que alquilé en la ciudad, hacía ya siglos de eso, y un jardín privado del que no alcanzaba a ver el límite desde allí. Tampoco lo era alternar con gente como aquella. Alargué la mano derecha para estrechársela a la galerista, pero ella se adelantó plantándome dos besos en las mejillas con excesiva familiaridad. Olía a rosas. No a agua de rosas ni a perfume de rosas. Olía a rosas. Si no me hubiese dado un pudor inmenso parecer una cursi (torpe, desubicada, cursi: una joya), habría podido decirle que olía como si ella misma fuese una rosa, como la idea misma de rosa si fuese posible que una idea en esencia desprendiese algún olor. Quiero pensar que no puse cara de pánfila y que no cerré los ojos mientras se tocaban nuestras mejillas. Mucho menos que alguien pudiera haberlo visto. No me habría gustado que pareciese que le olía el pelo como se lo olería un viejo verde a su despampanante nuera el día de la boda con dos copas de más. Pero estoy casi segura de que fue así porque, aún hoy, cuando huelo una rosa pienso en aquella galerista que hace poco aparecía en todas las portadas por un turbio asunto de sobrevaloración en tasaciones de obras de arte o algo por el estilo.

No recuerdo si llegué a cruzar más de dos frases con El Escritor aquel día, ni si resultaron abrumadoramente interesantes sus reflexiones. Da igual. Lo importante es que la sonrisa Cheshire resultó pertenecer a una tal Natalia, con la que no paré de hablar en toda la sobremesa, y que en breve sería Mi Natalia. Yo no volví al Jardín nunca más después de aquello y El Escritor desapareció de su vida y de mi mesita de noche muy poco tiempo después. Pero, para entonces, ella y yo ya éramos inseparables, aquel libro ya no me parecía tan bueno y el siguiente ni siquiera llegué a leerlo. Así que podría afirmar, sin miedo a equivocarme, que aquella comida

solo tuvo lugar porque Natalia y yo teníamos que conocernos.

14

También recuerdo el día en que la conociste tú. Te había hablado mucho de ella. En realidad, le hablo de ella siempre a todo el mundo. No lo puedo evitar. Y a ti, en aquellos momentos, al inicio de nuestra historia, te lo quería contar todo. O, al menos, todo lo que era importante para mí. Quería contarte que me encanta la paella, pero solo los domingos, que me gusta el color azul, que me acaricien el pelo, el *gin-tonic* sin mierdas, los vaqueros gastados. Que odio la arena y el cilantro, que los pelirrojos me dan grima, y los bichos, repelús. Que soy más de carne que de pescado, más de cerveza que de vino, más de gatos que de perros, más de queso que de jamón. Quería recitarte la lista de mis diez películas favoritas, la de mis diez canciones, mis diez libros, mis diez cómics, mis diez fotógrafos. Y, por supuesto, quería hablarte de mis mejores amigas. No eran diez, sino tres. Y, de entre ellas, una era la mejor de todas. Y las tenías que conocer. A ti te hubiese gustado esperar un poco, no estar ya con Ella, pero yo te convencí de que no había nada que temer. Ellas estaban al tanto de todo y, aunque al principio no pensaban que lo nuestro fuese a ninguna parte (no la va a dejar nunca, todos dicen que ya estaba acabado, seguro que lo ha hecho antes), en ese momento estaban felices por mí.

Organicé una cena en casa y tú me ayudaste a cocinar. Habías traído mis cervezas favoritas y la mejor tarta de queso de la ciudad, lo que implicaba que habías tenido que cruzarla de punta a punta para llegar hasta el único restaurante en el que puedo pedir tarta de queso sabiendo que va a estar, sin duda, exquisita. Natalia estuvo divertida. Daniela, impertinente, y Ana, observadora. O sea, fueron ellas mismas. Tú estuviste encantador, como siempre, y cuando Dani rompió a reír tras una contestación tuya a su enésima insolencia supe que habías pasado la prueba con nota. Dani y Ana se fueron, pero Natalia se quedó a tomar una última copa con nosotros. Reímos, hablamos y escuchamos de nuevo el mismo disco que yo insistía en machacar una y otra vez por aquel entonces. Cuando se fue, mientras recogíamos la cocina, me dijiste: «Son geniales». Dejé el plato sobre la encimera y me giré. ¿Son geniales? Pero ¿qué clase de observación era esa? ¿Acaso nos habíamos convertido ya en un viejo matrimonio de alguna serie estadounidense despidiendo a sus nietos después de pasar con ellos el fin de semana? Acababa de presentarte a mis amigas, que eran las personas más importantes en mi vida en ese momento. Geniales son unas botas carísimas recién compradas después de meses viéndolas en el escaparate. O los primeros capítulos de una nueva serie. O esos nietos inexistentes a los que no vemos tan a menudo como nos gustaría y cada vez que vienen a pasar dos días a nuestra casa del lago parecen unos niños nuevos, y les revolvemos el pelo cuando pasan corriendo a nuestro lado y les decimos «ten cuidado» y «no vayas a hacerte daño» y luego nos miramos y decimos «son geniales». Y tú, probablemente, eres Ed Harris y yo, Meryl Streep, y me pasas el brazo por encima del hombro y

nos alejamos hacia el atardecer, y yo no sospecho ni de lejos que eres un agente secreto y que algo está a punto de suceder. ¿Cómo son esos niños? Son geniales. Pero no mis tres mejores amigas el día en que las conoces. Tu carcajada sonó como un trueno y entonces supe que quería escucharte reír siempre, que no había mejor sensación en el mundo que esa. Nunca me he reído tanto con nadie como lo he hecho contigo. Dejamos todo como estaba allí y nos sentamos en el suelo del salón, sobre la alfombra, mi cabeza en tu regazo. Me contaste con minuciosidad lo que te había parecido cada una de ellas, recordando algún detalle o alguna ocurrencia. Y el pequeño y casi intuitivo retrato que hiciste, como virtuosas polaroids improvisadas, fue mucho más acertado de lo que podías imaginar. Jugueteaba con tus dedos mientras me hablabas y esa noche te quedaste a dormir. Pese a los ruidos y las ventanas desvencijadas y la humedad que se colaba por sus grietas, y mis pies siempre fríos. Y aunque cuando me desperté por la mañana te habías ido ya, y en el hueco de la almohada lo que descansaba era solo una nota, seguí durmiendo tranquila sabiéndote cerca.

15

A Daniela la conocí porque era amiga desde la infancia de Natalia y compartían piso. Lo harían durante algún tiempo más. Acababa de dejar su historia con El Escritor y a mí me parecía fascinante la facilidad con la que podía amar con locura y dejar de hacerlo, pasando, sin solución de continuidad, de alternar con un escritor famoso (y su séquito de serviles juntaletras con ínfulas que creen que el talento es contagioso) a hacerlo con un predelincuente politoxicómano (y su panda de colegas frustrados, resentidos con todo aquel que respire y esté moderadamente satisfecho con su vida). Daniela era todo lo contrario al huracán Natalia. Cuando la conocí no me cayó muy bien. Cortante en su saludo, la coloqué en el cajón de las personas soberbias y despectivas. Los juicios someros y apresurados son una de mis aficiones, ya lo sabes. Solo con el tiempo acabé dándome cuenta de que no era así, que su carácter seco, frío como una noche de invierno en una cama sin novio ni nórdico, no tenía por qué ser reflejo fiel de sus antipatías. Al menos, no siempre. Y que el día que por fin tenía contigo un gesto cariñoso (solo un poco, sin pasarse) o te hacía una confidencia, podías declararlo fiesta de guardar y marcarlo en rojo en todo calendario al alcance de tu mano. Le conocimos solo un novio, dueño de un bar de copas con aspiraciones culturales, de esos donde hacen microteatro y recitales de poesía y del que te gustaría salir pitando nada más entrar, pero el resto de ligues nunca fueron presentados. Existían, lo sabíamos. Contaba alguna cosa, pocas, pero nunca los conocíamos. Alguna vez, entre *gin-tonics*, reímos porque nunca podríamos protagonizar las cuatro una serie de televisión moderna: no había una lesbiana entre nosotras y ninguna era negra. Nuestra rabiosa heterosexualidad y la melanina nos cerraban en los morros las puertas de un futuro como fulgurantes estrellas televisivas. «Llegamos treinta años tarde. Seríamos *vintage* incluso en la primera temporada de *Sexo en Nueva York*». A partir de esa broma, nuestras cenas de los jueves, cuando se oficializaron como tradición ineludible, empezaban siempre con una de nosotras, la que tuviera algo reseñable que contar, diciendo entusiasmada: «Bueno, tías, en este capítulo de nuestra serie, mi trama es la principal». El día que les anuncié que iba a escribir un libro se empeñaron en que fuese sobre nosotras. Era nuestra única oportunidad, decían, de ser protagonistas de algo.

—Imposible —les dije muy seria.

Ellas insistían, yo me negaba. No quería escribir autoficción. Siempre había pensado, lo sigo pensando, que la autoficción es aquello que escriben los que no tienen una vida interesante que contar, una biografía a sus espaldas de méritos e hitos que merezca ser narrada (y leída), pero tampoco la suficiente maestría o el talento como para inventarse unas vidas creíbles y plasmarlas en trescientas páginas, una detrás de la otra. «Y aun así, sorprendentemente, persisten en continuar escribiendo». La autoficción, les decía, me parece un «mira qué familia tan peculiar

tengo y qué especial soy». Un selfi brutalista con filtro Valencia en formato libro, producto de las redes sociales y el entusiasmo desmedido de los que no suelen leer. Un *cómo molo* en negro sobre blanco, autoidealización impúdica con demasiadas subordinadas, esdrújulas y adjetivos. Es hacerse trampas al solitario, fingiendo que puedes crear universos cuando lo único que estás haciendo es sublimar tu propio mundo y a ti mismo.

—No recuerdo quién dijo aquello de «si no eres Proust, no me cuentes tu desayuno», pero tenía razón. Y yo no quiero contarle a nadie mi desayuno.

—No lo hagas. Pero cuenta el nuestro —dijo Ana estirando el brazo para coger un trocito más de pan de centeno, cosas de su dieta.

Pero no había nada que contar. No habíamos matado ni salvado la vida a nadie, no nos habían acosado ni violado, no pertenecíamos a una minoría identitaria, ni nuestras infancias habían sido tristes y calamitosas. No nos sentíamos débiles ni discriminadas por ser mujeres, no nos parecía durísimo serlo. Ni siquiera un aborto o un ERE jalonaba nuestra biografía. Teníamos trabajo, amigos, familias. Nuestras vidas eran tan normales como la de cualquiera. Y encima nos gustaba estar vivas. Encajábamos nuestros fracasos (algunos) con deportividad y nuestros éxitos (pocos) con euforia. Los problemas, como los cereales, nos los comíamos. No pensábamos que nadie nos debiese nada y asumíamos con estoicismo la responsabilidad de nuestros actos. Éramos un desastre como fuente de inspiración, cero arco dramático. Y yo lo que necesitaba era una historia sorprendente e inventada, con personajes, si no carismáticos, al menos un poco interesantes. Eso y que todos mis ex intentaran buscar pistas en mi libro tratando de adivinar en qué personaje los había escondido, qué anécdota podía ser un homenaje, o una venganza, a aquello que tuvimos.

—Yo solo aspiro a que, tras leerlo, todo el mundo se enfade conmigo porque crea encontrarse en él, sin saber que ninguno de esos seres que he inventado simboliza lo que cree leer entre líneas porque ninguno de ellos existe. Y porque no tengo memoria para acordarme de si me hicieron algo terrible de lo que me quiera vengar haciéndoselas pasar putas a un *alter ego* ficticio. No soy rencorosa por discapacidad de serie, no por bondad. Y ahora me jode. Pero eso no tiene por qué saberlo nadie. Solo pido una pequeña muerte social por crípticamente indiscreta. Y no quiero anáforas. Ni una anáfora en todo el libro. Odio las anáforas. Antes pido un préstamo y devuelvo el adelanto. Tampoco quiero desentrañar el sentido de la vida o dar una gran lección moral cuyo secreto no puedo guardar por más tiempo y debo compartir con el mundo. Para moralejas ya tenemos a Esopo. Nada de crítica social, nada de militancia, nada de activismo, nada de concienciar de nada a nadie. Y si digo en algún momento que para mí escribir es como respirar, imposible dejar de hacerlo ni un segundo, matadme. En ese preciso instante. Un golpe rápido y seco en la nuca. Que no me duela. Por gilipollas.

—Acabarás escribiendo una guía gastronómica —sentenció Ana.

Volvimos a reír, escandalosas, y, al fondo, un señor que no había cruzado palabra en toda la noche con su acompañante nos miró con reprobación. Natalia, indolente, le hizo un gesto invitándole a unirse a nosotras y el señor apartó la vista, indignado. Pedimos otra ronda y fantaseamos con las presentaciones de mi futura obra.

—¿Y si no viene nadie?

—Iremos nosotras.

—Vosotras sois nadie. Vendríais, aunque no hubiese nada que presentar.

Yo les decía que soñaba con presentaciones glamurosas, llenas de gente guapa y lista entusiasmada con mi talento, pero en realidad me imaginaba espacios vacíos y me veía a mí misma hablando únicamente con el dueño de la pequeña librería y un señor despistado que

quería comprar *Patria* para su esposa y al que le daba apuro irse justo en ese momento. Les decía que fantaseaba con ver mi libro en la lista de superventas, con una faja en la que pondría «8.ª edición», expuesto en el escaparate de librerías cuquis, de esas que te invitan a un café y la dependienta habla muy flojito y viste como si acabara de dejar una tarta de arándanos enfriar en el alféizar. En realidad me veía a mí misma dilapidando todo mi sueldo en librerías alejadas de mi barrio, comprando todos los ejemplares a última hora, cuando ya no hay nadie y no pueden verte. «Por si me reconocen por la foto de la solapa», que ya imaginaba horrible y poco favorecedora.

—Yo soy más guapa en persona, no me hace justicia. Y estoy más delgada.

—Aún no está hecha, no seas agonías.

—La cámara me odia.

—Dios, eres insufrible.

—Y gorda.

—Pero, sobre todo, insufrible.

16

Lo del libro había sido inesperado, una propuesta repentina de una editora a la que ni siquiera conocía, pero a la que había gustado alguna columna escrita por mí. Tardé varias semanas en comentarlo con alguien. Me sentía la versión de saldo y con lecturas de esas modelos espectaculares de las que nos reíamos siempre porque cuando les preguntaban en una entrevista cómo habían sido sus inicios decían, invariablemente, que habían acompañado a una amiga a un *casting* y las habían elegido a ellas. O las habían parado por la calle. Esas que comen de todo y nunca engordan, su comida favorita es el helado y el chocolate, y de pequeñas estaban acomplejadas por demasiado altas y demasiado flacas. Como si se pudiera ser demasiado alta o demasiado flaca. O demasiado guapa. O demasiado rica. Hay cosas que nunca son demasiado. A mí me habían parado en la calle y por sorpresa para ofrecerme desfilar para Victoria's Secret y no sabía cómo contárselo a aquellos amigos que llevaban años escribiendo un libro que luego enviarían a un montón de editoriales y nadie leería y les responderían, si es que les respondían, con un escueto y cortés acuse de recibo que dice que muchas gracias por pensar en nosotros para publicar tu primera obra, qué bien todo, en estos momentos no estamos aceptando manuscritos y ya, si eso, nos pondremos nosotros en contacto contigo. Pero ánimo, cuánto talento, qué gran historia, qué maravilla. Mucha suerte. Había dicho que sí porque la editora era simpatiquísima y porque me parecía interesante el reto de escribir ficción. Yo, que siempre había escrito sobre la realidad y contra reloj, que leía ficción como escuchaba música: asombrada por el alarde de virtuosismo de quien es capaz de crear algo desde la nada. Alquimia. Y aunque jamás subrayé un libro, por el mismo motivo por el que jamás doblé la esquina de una página, por una especie de respeto reverencial a ese objeto mágico, las pequeñas moleskines que llenaban mis bolsos, mochilas y cajones estaban repletas de apuntes, anotaciones, referencias y listas. No me resisto a copiarte aquí lo escrito en una página elegida al azar de una de esas libretitas. Una cualquiera:

Los muy probablemente tres mejores inicios del mundo hoy:

«Si tú eres el diablo, no soy yo quien cuenta esta historia».
El hombre que se enamoró de la luna. Tom Spanbauer.
«¿Encontraría a la Maga?».
Rayuela. Julio Cortázar.
«Llamadme Ismael».
Moby Dick. Herman Melville.

Páginas 34, 68 y 107. Último párrafo de la 134.

Todos los hombres tristes llevan abrigos largos.

Teorías impopulares. Escribir.

Cosas que hacer si un día llegara septiembre:

• Arreglar la gotera de la cocina (contratar a alguien para que lo haga).
• Comprar una chaqueta de entretiempo gris (ni muy claro ni muy oscuro).
• Releer *Los tres mosqueteros.*
• Hacer ESA llamada.
• Probar los horribles huevos negros del supermercado chino.
• Tirar la camiseta del enano que bosteza.
• Aprender portugués.

17

Del día anterior a Ese Día apenas recuerdo nada. No sé si es que todos mis sentidos están tan focalizados en ese en concreto que todo lo de alrededor se diluye, igual que cuando miras algo con mucha atención y lo que está justo al lado se desvanece. Como la noche del apagón, cuando nos tumbamos fuera a ver las estrellas porque no había otra cosa que hacer. Abrimos una botella de vino, ¿te acuerdas? Si elegías una estrella y la mirabas muy fijamente, las que estaban más próximas desaparecían, pero brillaban otras, en la periferia de nuestro campo visual, en las que no habíamos reparado hasta entonces. Lo mismo me pasa con los días de nuestra historia: los que están más próximos a Ese Día aparecen difusos frente a su intensa claridad y otros, que no tenían demasiada importancia hasta ahora, alejados de ese punto gravitatorio en que se ha convertido un día en apariencia corriente, se me antojan pequeñas gemas de valor incalculable.

Aquella noche vi mi primera estrella fugaz. «Pide un deseo», me dijiste. Y nos fue concedido durante un tiempo. A lo mejor es que los deseos tienen fecha de caducidad y desconocíamos ese extremo de las condiciones generales de uso y disfrute de las estrellas fugaces.

Estoy segura de que el día anterior a Ese Día me desperté con la misma canción de cada mañana, que arrastré los pies hasta la cocina siguiendo el olor del café recién hecho y que me revolviste el pelo a pesar de mis gruñidos. Estoy segura de que fuimos a trabajar, como cada día, porque era miércoles, y que no comimos juntos. Eso lo recordaría. Seguramente nos vimos aquí, en casa, después del trabajo. Yo estaría cansada y tú te encargarías de la cena mientras yo me daba una ducha. Bien podrían ser sobras. Pero también cabe la posibilidad de que hubieses optado por encargar *pizza*. Nos contaríamos nuestros respectivos y anodinos días cenando en la mesa de la cocina. Y, si fue *pizza*, es muy posible que yo te robara algún trozo de la tuya y tú me dieras una palmadita en el dorso de la mano. Que yo me hiciera la ofendida frunciendo el ceño y tú me dieras un beso. No sé si veríamos una serie o una peli, pero seguro que no la llegamos a ver terminar porque nos quedamos dormidos en el sofá. Arrastraríamos los pies hasta el baño, nos cepillaríamos los dientes uno al lado del otro, tú me harías reír, yo me frotaría un ojito de puro sueño. Ya en la cama, seguro que me quedé dormida acurrucada junto a ti, porque nos habían dibujado para que encajásemos perfectamente al hacerlo juntos. Eso lo descubrimos la primera noche que dormimos abrazados y lo comprobamos después, día tras día. Y así ha sido hasta anoche mismo.

después de
ESE DÍA

1

—Háblame de él —me dijo.

Lo último que me apetecía en ese momento era hablar de ti, pero ella parecía muy empeñada en escuchar todo lo que pudiera decir al respecto. Yo miraba por la ventana con la misma cara con la que lo haría si lo hiciese una mañana de invierno con una taza humeante entre las manos mientras contemplo llover con nostalgia. Pensaba en eso para parecer melancólica. Dejé pasar unos segundos y contesté sin mirarla siquiera.

—Es pequeño.

Ella esperó en silencio a que continuase, paciente. Entonces sí la miré.

—Es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Solo los espejos azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

—Muy graciosa.

Lo dijo como podría haber dicho «muy verde» ante un chicle de menta *king size* pegado en la suela de su zapato, tan monocorde como siempre. No me imagino saliendo de cañas con Miss Regadera y, teniendo en cuenta que divido a la gente entre aquellos a los que me llevaría de cañas y aquellos a los que no, eso no es un halago.

—Lo sé —le dije sin mayor entonación en mi voz, cero entusiasmo. Perfectamente podría haber dicho cualquier otra cosa. O ninguna.

Me miraba sin sonreír. Creo que solo la vi sonreír una vez en todo aquel tiempo. Tenía la rara habilidad de hacerlo solo con las comisuras de los labios. Sus ojos permanecían inmutables, como dos charcos turbios sobre el asfalto. No era fea. Tampoco guapa. Sus rasgos eran agradables por separado, pero el conjunto resultaba anodino, sin ninguna gracia. Una de esas caras que olvidas al instante, en la que jamás repararías si te cruzases con ella en el andén mientras esperas el metro. Se empeñaba en vestir como una funcionaria sin plaza fija, como si no hubiera más tienda en el mundo que el Zara de su barrio ni más gama de colores que los tierra. Desde mi desprecio por la moda y mi desconocimiento absoluto sobre el tema me atrevería a aventurar que con unos vaqueros rotos y una camiseta blanca estaría mucho más atractiva. Aquel dictamen sonaba en mi cabeza como si yo fuese Donatella Versace ejerciendo de jurado implacable en algún *talent show* retransmitido únicamente en mi córtex, conmigo misma como única audiencia. Casi me dio la risa y tuve que carraspear antes de hablar para no perder mi apariencia externa de mujer abatida y lánguida.

—Es encantador. De una manera que no es de este mundo. Es magnético y arrollador. No sé si es consciente de ejercer ese efecto sobre la gente, pero es capaz de hacerte sentir especial si se lo propone.

Me dio rabia haber dicho eso. Porque era verdad y porque no me gustaba reconocer en ese momento que seguías ejerciendo ese efecto en mí. Estaba muy enfadada contigo entonces.

—No es especialmente guapo, aunque a mí me lo parece. No es el hombre que te haría girar la cabeza en la calle o dar codazos a tus amigas para que miren sin que se note. No le pedirías fuego en un bar o suplicarías a un amigo común que os presente. Pero si se sienta a tu lado en una cena y cruzas dos frases con él, es muy probable que acabes embobada mirando esos ojos pardos, dándole tu número de teléfono y controlando el móvil cada tres minutos a partir de ese día para ver si te ha escrito un mensaje. Sobresaltándote cada vez que suene por si es él quien llama. No es demasiado alto ni demasiado fuerte. Pero brilla. Es magnético y arrollador. No sé cómo explicarlo.

—Lo has explicado muy bien.

No solía decir nada que pudiese sonar mínimamente amable. Y esto fue bastante parecido a una cortesía. Pensé que algo estaba haciendo mal. Cambié de conversación.

—Odio cumplir años que acaban en cero.

Me miraba por encima de sus gafas sin saber muy bien qué pensar. O al menos eso parecía. No soportaba ese gesto. La convertía al instante en una farmacéutica enjuta que parecía calibrar mi estupidez de serie por el hecho de no ser capaz de descifrar una receta o desconocer la posología exacta de a saber qué bebistrajo.

—¿Qué les pasa a los años que acaban en cero?

Su voz sonaba indiferente y distante. Obviamente, a los años que acaban en cero no les pasa nada, no son más que una cifra. «Es a mí a la que le pasa algo con ellos», pensé. Los detesto. Lo supe a los nueve años, unos meses antes de cumplir diez. Recuerdo perfectamente el momento en que me di cuenta de que, por primera vez en mi vida, no me hacía ilusión cumplir años. No quería celebrarlo, no quería felicitaciones, no quería regalos siquiera. De pronto solo podía pensar en que aquella pequeña secuencia de números, ese uno seguido de un cero, mi primer cumpleaños de dos cifras, era un punto de inflexión. Los siguiente diez años, hasta volver a cumplir uno que acabara en cero, tendría que tomar decisiones determinantes para mi vida futura. De los diez a los veinte, lo pensaba desde mis nueve, tendría que decidir qué quería estudiar, esforzarme para sacar la nota necesaria para hacerlo, comenzar esa carrera, no aburrirme de ella, o hacerlo y elegir otra, enamorarme por primera vez, que me rompiesen el corazón, superarlo, buscar y encontrar mi primer trabajo, no deprimirme en el camino. Iba a ser una década estresante, lo sabía con certeza, y era ese cero el que lo determinaba. La casilla de salida, un orondo chupinazo no solicitado, un negro abrazo al vacío. En lugar de todo eso lo que le dije fue:

—Les pasa que no me gustan. Solo eso. Me angustian.

—¿Por eso estabas decaída esos días?

Me hacía preguntas sin dejar de escribir, sin mirarme siquiera. Como si fuese esa y no otra la que tocaba hacer, pero le importase una mierda mi respuesta. Casi tan poco como me importaba a mí dársela. A veces pensaba que no era tan tonta, que era consciente de aquella farsa en la que la habíamos metido sin consultarle después de Ese Día. Cuando eso ocurría, como en ese momento, me permitía introducir colorín en el relato y, generosamente, la dejaba lucirse como estrella invitada de esa temporada de la serie de mi vida.

—Por eso y porque ya intuía que algo estaba ocurriendo, aunque no quisiera reconocerlo.

Gimoteé un poquito, como si ese recuerdo escociese. Pero lo cierto es que yo no me había olido nada. Nunca me huelo nada. Soy una panoli. Algún tipo de deficiencia o discapacidad emocional me impide desconfiar de la gente a la que quiero. Ni en mil veces que volviera a vivir

aquello podría sospechar siquiera lo más mínimo. Nunca, jamás, desconfié de ti. Pero eso a Miss Regadera no le importaba.

—Llevaba unos días muy raro y yo lo achaqué a un pico de trabajo. Le vi algo preocupado, pero ni por un instante pensé, o no quise pensar, que se tratase de una infidelidad. Confiaba totalmente en él. Jamás me había dado motivos para no hacerlo.

Fingí que me avergonzaba mi simulada congoja del momento tanto como lo hacía mi inoperancia de entonces. Tú no habías estado raro aquellos días. Ni siquiera Ese Día habías estado raro. Estabas exactamente igual que siempre. Eso es lo peor, que aquello fue inesperado para mí. Aún hoy trato de buscar un indicio, una señal que pude malinterpretar u obviar entonces, pero no hay manera. No habías llegado alarmantemente tarde a casa ningún día, ni habías cambiado tus hábitos en las últimas semanas, ni tu perfume era distinto. No saliste de casa antes, ni me habías hablado de nuevas amistades, ni un cabello rubio había aparecido en la solapa de tu traje, en el cuello de tu camisa no había marcas de carmín. No habías comprado ropa interior nueva. Nunca escondiste tu móvil o lo dejaste boca abajo en la mesa, ni cambiaste tu código de desbloqueo. Quizá tendría que haber espiado tus mensajes, haber leído tus *mails*, escuchado a escondidas tus conversaciones. Y, desde luego, tendría que haber comprado en el aeropuerto aquellas revistas femeninas que siempre me parecieron estúpidas y prescindibles, con aquellos artículos titulados «Las cinco señales que delatan una infidelidad» o «¿Quieres saber si tu chico te la está pegando con otra?» o «Estos son los peinados que llevarán las famosas este otoño». Esto último no me habría ayudado mucho a descubrir el pastel, pero al menos lo habría hecho estilosamente. Estoy harta de que todos los grandes acontecimientos de mi vida, los buenos y los malos, me pillen siempre despeinada.

2

La figurita de madera con la que jugueteaba, una horrenda mujercilla calva y oronda con enormes pechos que colgaban sobre una barriga prominente, salió disparada de mis manos y fue a caer sobre la alfombra, al otro lado de la mesa. No sé cómo, la fertilidad descansaba ahora a los pies de Miss Regadera. Ese es el tipo de cosas que nos pasan a los torpes cuando menos lo esperamos. Incluso cuando estamos concentrados en que, precisamente, no sucedan. Ella se agachó y la recogió sin decir nada. La dejó en su sitio, sobre la mesa, y yo tuve que coger un boli en su lugar para poder trastear con algo. Como si la cosa no fuera conmigo, inspirada por el momento, dije:

—No tenemos niños por la misma razón por la que no hemos cambiado de colchón o de ordenador de sobremesa: porque nunca es un buen momento para esas cosas.

Me miró por encima de las gafas, gesto marca de la casa, y pensé si habría sonado desalmada en exceso. En realidad no tengo nada en contra de los niños, ya lo sabes. Es un formato de ser humano que no me entusiasma, cierto, pero me parece correcto que los demás ciudadanos los tengan. Incluso necesario, por la supervivencia de la especie. Tú y yo nunca hemos tenido siquiera una conversación al respecto. Era evidente que ninguno de los dos estaba dispuesto a renunciar a la vida que teníamos. La idea de dormir mal, limpiar cacas constantemente y encargarnos de alguien que no fuera nosotros mismos no nos seducía lo suficiente, supongo. Tampoco ayudaba mucho que los niños que conocemos sean insufribles, unos mocosos gritones que interrumpen conversaciones y abortan planes de fin de semana por fiebres imprevistas, caídas varias o berrinches de última hora. Los hijos de los amigos son el mejor anticonceptivo del mundo, sin duda alguna.

Miss Regadera me miraba con esos ojos de lechuza suyos mientras yo enumeraba las improvisadas razones por las que se suponía que me parecía una mala idea ser madre. Yo trataba de dilucidar, mientras tanto, si estaría pensando que en lugar de reloj biológico tengo un condensador de fluzo o, directamente, que no tengo corazón. Dudé por un momento si exagerar mi postura o virar hacia una lacrimógena versión de mí misma que se lamentaba por no haber tenido hijos a mi edad. No estaba muy segura de qué era lo que me convenía más en este momento y me hubiese gustado tener derecho a una llamada. Natalia habría sabido si era más adecuado parecer una adulta frustrada por no haber sido madre o una tardoadolescente egoísta orgullosa de haber tomado la decisión de no procrear. Ante la falta de asesoramiento inmediato, me decanté por la segunda opción y mantuve mis posiciones.

—A él tampoco le gustan los niños. Y ya tenemos un gato.

Ya sé que no tenemos gato, no pongas esa cara. Preferiste un parqué intacto y una tapicería

indemne a darme ese capricho. Me diste otros, es cierto, pero ninguno maullaba ni hacía masajitos con sus peludas patitas, ni se acurrucaba en mi regazo. Ni traía como desconcertante obsequio pequeños y asquerosos animales heridos de muerte para dejarlos a mis pies. Comparar a los gatos con los niños siempre anima las reuniones en las que hay padres, así que me pareció un buen recurso para escandalizar un poco a Miss Regadera. Tuve incluso que reprimir una risita cuando interrumpió su garabatear en el cuaderno por un segundo sin levantar la vista. La imaginé respirando hondo y contando hasta diez, calibrando la conveniencia de un improperio, así que me vine arriba:

—Se llama Taxi porque nos pareció buena idea cuando lo adoptamos ponerle un nombre que sembrase el desconcierto al gritarlo en la calle si alguna vez se perdía. Taxi puede tener ese efecto sin las catastróficas consecuencias de gritar «Fuego».

A Regadera no le interesaban en absoluto los problemas de nuestro inexistente gato, pero aún quedaba un rato para terminar la consulta y yo me debía al espectáculo.

—Está perdiendo mucho pelo desde entonces —dije, y fingí gimotear.

3

La primera vez que vi a Ana fue en casa de un novio de Natalia. Celebraba una fiesta y fuimos las tres. Ella, aún desconocida para nosotras, estaba sentada en cuclillas en un rincón de aquel salón enorme y destartalado. Mientras todo el mundo pululaba de un lado a otro, dejándose ver, bebiendo y bailando, hablando con unos y otros, ella estaba allí, hojeando distraída una revista del corazón. Con una mano sujetaba un vaso de *whisky* y, con la otra, pasaba las páginas y sostenía un Ducados al que daba largas caladas distraídas. Así fue como la conocimos de verdad, esa historia es cierta, ya lo sabes, y así se la conté a Regadera. Natalia insistió en la necesidad de introducir anécdotas reales en el relato inventado para dar credibilidad a la historia.

—Me acerqué a ella porque me llamó la atención su belleza menuda, casi indefensa, que, sin embargo, tenía algo salvaje en sus gestos. La saludé y me presenté. Me contó que no sabía quién era ninguno de los personajes que aparecían en aquella revista que había encontrado en la calle, encima de un banco, creo. Aun así, aquel ejemplar atrasado del *¡HOLA!* le interesaba muchísimo más que todo el alboroto que nos rodeaba. Eso me fascinó. Así es Ana: desconcertante e impredecible.

No recordaba, ni recuerdo, cómo se llamaba aquel novio de Natalia. Ni si estuvo con ella mucho más tiempo. Los novios de Natalia eran tantos que los numerábamos porque siempre íbamos dos nombres por detrás del amor definitivo e instantáneo. Aquel desapareció, como todos ellos uno tras otro, pero Ana permaneció. No sé cómo fue exactamente, porque no era alguien a quien llamásemos o propusiésemos planes. Aparecía, sin más, cuando le daba la gana. Poco a poco fue convirtiéndose en indispensable y pasamos, sin darnos cuenta, de ser tres a cuatro. Tampoco es que hubiese conciencia de grupo, era simplemente que nos llevábamos bien y nos gustaba estar juntas. Natalia y Dani seguían compartiendo piso entonces, un apartamento pequeño con terraza en un edificio ruinoso, en pleno centro. Yo vivía sola, a cuatro calles de allí, en el mismo apartamento que luego tú conocerías. Nunca supimos exactamente dónde vivía Ana. Unas veces ocupaba una habitación en la casa de algún amigo, nos decía. Otras compartía piso con varios estudiantes, otras le prestaba alguien una buhardilla durante un par de meses. Durante dos semanas durmió en mi sofá. Trabajaba de camarera a veces, otras cuidando niños, o paseando perros, dando clases de yoga, llevando cafés y bocadillos en rodajes. Acabaría dedicándose a la fotografía y viviendo en el bonito estudio que conoces, demasiado lejos del centro en mi opinión, con una gata sin nombre y un ojo de cada color. Con Ana todo era etéreo, misterioso y volátil. Como si ella misma fuese arena y requiriese relacionarse sin apretar, sin estrujar, dejándola descansar suavemente sobre la palma de la mano. Cualquier leve presión, el más ligero apremio, y notabas cómo se escurría entre los dedos y desaparecía. Hablaba poco de

su vida y menos aún de la de los demás. Como si las personas, incluida ella misma, no le interesasen demasiado. Ana siempre ha sido casi una abstracción. Eso ya lo sabes tú, pero Regadera no. Y necesitaba saberlo.

4

Que el Señor Posteridad vive en un apartamento dos pisos más abajo del nuestro, en el tercero, es algo que Regadera también debía saber. Y que todos los días, a las ocho y treinta minutos de la mañana, llama al ascensor para salir del edificio exactamente a las ocho y treinta y cuatro. Da igual que llueva, nieve, truene o haga un sol abrasador. Da lo mismo que sea un miércoles o un sábado. Nochebuena, Año Nuevo, le da igual. Que entonces gira a la derecha, nada más descender los tres escalones del portal, y camina hasta la primera esquina, donde gira de nuevo a la derecha, sin bajar de la acera, hasta llegar a la plaza. Que compra el periódico y se sienta en la terraza del bar de Lucas, segunda mesa a la izquierda, pide café con leche y tostada y permanece allí, sin hablar con nadie, durante una hora y cuarto exactamente, leyendo minuciosamente el diario y tomando notas en una libretita negra. Después se levanta, deja el importe exacto junto al vaso vacío y describe el mismo dibujo demencial sobre el mapa 1:1 de la ciudad. Que entra de nuevo en el portal, sube en el ascensor y cruza la puerta de su apartamento. Y que a las cinco de la tarde llamará al ascensor de nuevo con su dedo hueso de pollo, pálido y femenino, para pisar la calle a las cinco y cuatro minutos. Ni uno más ni uno menos. Y hará exactamente lo mismo, de la misma manera, pero con un libro en lugar del periódico, tomando un vermú en lugar de un café con leche, con la libretita al lado en la que tomará notas mientras pone cara no ya de que lo que anota es importante, sino de que lo importante es que él lo anote.

—Me dio la mano una vez, cuando subió con su esposa a darle a Martín la bienvenida al edificio, nada más instalarse. Esos dedos casi me causaron pesadillas. Eran fríos, blancos y, si no eran húmedos, lo parecían. Como si la novia cadáver hubiese venido en persona a desearme una feliz muerte en vida.

Miss Regadera me miraba, cara de búho, y creo que se preguntaba qué tendría que ver el Señor Posteridad conmigo y con Ese Día. Pero es que, contra todo pronóstico, el Señor Posteridad es fundamental en el relato que yo quería contarle. Todo encajaría en un par de visitas, cuando no tuviese ya más remedio que hablarle de Ese Día, montaje del director, y dejarme de circunloquios e historietas. De momento, me permitía divagar, aburrida, mientras Regadera trataba de entender a dónde nos llevaba todo aquello. «Paciencia, querida. Paciencia». No lo recuerdo, pero podría jurar que se me escapó una sonrisilla.

—El Señor Posteridad es escritor —le decía y ella parecía escucharme.

Uno al que le interesa más parecer escritor que el acto mismo de escribir. Cada uno de sus gestos y actitudes son los del escritor que cree gozar del reconocimiento que está convencido de merecer. Pero nunca le he visto escribir, ni he leído nada suyo, ni encontrado siquiera nada publicado con su nombre. Sí, claro que le he googleado. Creo que el Señor Posteridad quiere ser

Galdós. ¿Tú no? En realidad, lo que le gustaría es que Galdós quisiese ser él. Así que se conforma con crear la imagen de lo que él entiende por el Gran Escritor. Uno que pasará a la posteridad. Escribir para la posteridad me parece, de lejos, la mayor tontería de nuestros tiempos. ¿Quién querría escribir para la posteridad más que un necio, un ególatra o un cobarde? La posteridad es un lugar donde tú no vas a estar jamás. Solo puedes ser un necio, si estás tan seguro de que tienes algo tan importante que decir a generaciones venideras o que lo vas a decir tan asombrosamente bien que perdurará para siempre. O un ególatra, si consideras que mereces esa atención constante, persistente en el tiempo. O un cobarde, porque si no escribes para los que habitan el ahora y te da igual lo que opinen, porque tú escribes para todos los que habitarán el futuro, es tu forma de decirles que si te desdeñan no es porque lo merezcas (que no lo mereces), sino porque es lo que tú buscas. Que tu público no son ellos, sino uno futuro que, ese sí, sabrá entenderte. Escribir para la posteridad es verse a uno mismo como un adelantado a su tiempo, como un genio incomprendido. Pero la posteridad no la eliges tú, te elige. No me imagino a Dostoyevski pensando en escribir para la posteridad, en ser excelso a conciencia para aquellos que llegarán y (seguro, sin duda) le leerían a él de entre todo lo escrito. Ni a Chéjov, o a Poe, a Tolstói. Ni a Cervantes, a Valle-Inclán, Lope de Vega, Oscar Wilde, Alejandro Dumas. Una idea: montar una pequeña editorial, llamarla La Posteridad y publicar una antología de narraciones fracasadas. Así podrían decir todos sus autores que escriben para la posteridad con toda razón. También el Señor Posteridad.

A nosotras, Ese Día, nos vino fenomenal que el Señor Posteridad fuese así y no de otra forma.

5

Lo de Regadera fue cosa de Natalia. Pensó que era una buena idea que yo fuese a un psicólogo, fingiendo que necesitaba ayuda para sobrellevar todo aquello: tu infidelidad, la marcha de Ana y nuestro intento de reconciliación. Era un modo, además, de deslizar sutilmente una visión de lo que había ocurrido Ese Día que nos ayudase a consolidar la versión que habíamos acordado. A mí no me convencía del todo hasta que me dijo su apellido. Me pareció una señal. Una terapeuta que se apellida Regadera solo podía ser eso, una señal. ¿Acaso has conocido un apellido autodeterminante para un futuro laboral hasta ese extremo? Es como un soldado apellidado Fusil o un político Rufián. Desde que lo supe quise conocer a esa mujer, contarle mis penas, inventar una vida para ella. Así que trazamos un descabellado plan: yo iría todas las semanas a su consulta y le iría contando todo lo que ocurrió y cómo me sentía, convenientemente retocado. Sería algo así como dejar constancia, profesional mediante, de la verdad (de la nuestra). Y así es como fui construyendo un relato, visita tras visita, en aquel cuaderno de piel en el que Regadera tomaba apuntes, obviando lo que no queríamos que se supiese y rellenando el resto de la historia con mentiras, algunas verdades y bastantes medias verdades. Hasta completar una versión de Ese Día que nos venía bien a todos.

La primera visita fue desastrosa. Yo no tenía muchas ganas de hablar y estaba inquieta. Me hubiese gustado tener a Natalia al otro lado de algún dispositivo invisible haciendo de apuntador. No dejé de juguetear con cualquier cosa que encontraba en la mesa, ni de moverme, nerviosa, en la silla, ni de cruzar y descruzar las piernas y dar golpecitos con los dedos en los reposabrazos de la silla. Parecía un niño con TDAH en lugar de la adulta al borde de la depresión que debía fingir ser. Lo mío, definitivamente, no es la interpretación.

Me descolocó aquello de sentarme delante de un escritorio con ella al otro lado. Culpé a Woody Allen de mis expectativas al respecto, a sus películas con atractivos terapeutas de diván, alfombra y chimenea. El despacho de Regadera era un pequeño cuartucho frío y blanco, con una triste plantita de plástico y una lámina en la pared en la que un exprimidor sonriente abrazaba a media naranja también sonriente mientras le decía que iban a exprimir juntos la vida. Yo no entendía que la naranja mutilada pudiese sonreír mientras el exprimidor se acercaba a ella amenazante, pero tampoco podía dejar de mirar aquellos dibujos en colores pastel que me parecían tan siniestros. Cuando le pregunté cómo podía estar feliz la media naranja ante su inminente destripamiento, Miss Regadera nos miró (primero a mí, luego la lámina, después otra vez a mí) sin entender nada. Me hizo algunas preguntas para saber qué hacía allí, sin contestar a mis dudas sobre lo pertinente de que aquella lámina y no otra colgase de esa pared. Le hice una sinopsis rápida y ajustada de los motivos por los que necesitaba su ayuda: infidelidad, traición,

ausencia, desconfianza. Todo muy triste y dramático sin necesidad de entrar en más detalles. Me preguntó por mi infancia y la relación con mis padres. Tuve que rellenar un cuestionario delirante sobre mis reacciones ante algunos asuntos cotidianos. Se nos pasó la hora componiendo un pequeño puzle de retazos de mi vida y al salir de allí necesitaba una cerveza y un abrazo, y no sé si en ese orden. Llamé a Natalia desde la barra del primer bar que encontré para hacerle el detallado resumen acordado. Pedí un doble y me pareció pequeño.

6

Regadera quiso saber cómo había sido la conversación entre tú y yo la mañana siguiente a Ese Día. Yo prefería no recordarla.

—Civilizada —le dije.

No le pareció suficiente. Para mí era bastante ajustado. Cuando al día siguiente te levantaste, yo ya estaba despierta. Las chicas se habían ido tarde y yo no dormí demasiado. Te sorprendió verme tan activa a esas horas, pero mi «tenemos que hablar» te borró la sonrisa de golpe. Te sentaste. Serví dos cafés en silencio. Lo solté como lo habría soltado bajo amenazas y torturas ante un flexo impertinente: sin respirar y de carrerilla. Lo sabía todo, ella me lo había contado. Tartamudeaste un segundo, creo que hubieses sido capaz de negarlo de haberte dejado hablar, pero continué haciéndolo yo sin escucharte. Te dije que había venido a casa, que me lo había contado todo, que habían venido también las chicas y cómo nuestra cena de los jueves se había convertido en una cena de despedida. Que Ana había decidido desaparecer de la ciudad y de nuestras vidas una temporada después de confesarme que habíais tenido algo. Que nos había pedido que no intentásemos ponernos en contacto con ella. Te conté cuánto me dolió, cuánto la odié durante un buen rato, cuánto te odié a ti más rato aún. Lo traicionada e infeliz que me habías hecho sentir. Por más descriptiva que intentaba ser no era capaz de encontrar las palabras exactas porque no las había. Alguien debería escribir el diccionario preciso para estos momentos, el breve glosario de los decepcionados, de los desdichados. Me juraste por todo lo valioso que había entre los dos que había sido un error, un par de veces sin importancia. Y aunque yo tenía más información de la que tú podías imaginar y de la que yo estaba dispuesta a confesar en ese momento, supe que no quería perderte. Así que a una conversación incómoda y mil reproches le siguieron los abrazos y las disculpas. Aquel día ninguno de los dos fue a trabajar (pusimos alguna excusa que no recuerdo) y tampoco salimos de casa. Tú me diste una versión que sabía suavizada pero que prefería creer y yo pensé que podíamos con todo. No hubo gritos en ningún momento y la conversación fue ordenada. Secaste mis lágrimas con tus besos. Hablamos mucho, comimos poco. Ya estaba anocheciendo cuando decidimos apostar por superarlo. Por intentarlo, al menos. Me prometiste que no volvería a pasar y que no había pasado antes. Te prometí que confiaba en ti. Nos prometimos la luna. Y bajo una menguante (o creciente, siempre me lío con esas cosas), en la terraza, arreglamos aquello como hasta entonces lo habíamos arreglado y celebrado todo. Solo que no estábamos arreglando nada, aunque entonces ninguno de los dos lo sabía. La botella de vino accidentalmente derramada y dos copas rotas que nos hicieron reír por primera vez en todo el día habrían sido un atinado vaticinio si les hubiésemos prestado un poco más de atención.

7

Llegué a casa de Dani directamente desde el trabajo, sin pasar por la nuestra. Allí estaba ya Natalia. Habían pasado cuatro días desde Ese Día y no nos habíamos vuelto a ver. Apenas habíamos hablado por teléfono. Enseguida me preguntaron si tú y yo habíamos tenido una conversación al respecto y yo les dije que sí. Me miraron esperando más detalles y yo suspiré, soltando el bolso sobre la mesa y dejándome caer en el sofá, fingiendo un desmayo. Me quité los zapatos. Dani me alcanzó una cerveza.

—Dice que fue un error, que no ha significado nada. Vamos a intentar superarlo. Hemos pasado el fin de semana en un hotel en la sierra.

Tras los titulares, Dani dejó la cerveza con rabia sobre la mesita de cristal. Demasiada rabia, me pareció. Miré a Natalia, que me devolvió la mirada y me hizo un gesto que interpreté como equivalente a un «ya sabes cómo es» o «no le hagas caso».

—Tenían un Dondesiempre —dijo Dani.

Sabíamos que teníais un Dondesiempre porque nos lo contó Ana Ese Día. Pero a mí eso ya me daba igual. Yo solo quería que mi vida continuase sin sobresaltos, que Ese Día no fuese más que otro día. Uno cualquiera. Pero Dani no parecía estar por la labor de ayudar en eso. Natalia sí. Como siempre.

—Me parece bien. Si es lo que tú quieres, es lo mejor.

Dani dio un trago a su cerveza. No parecía muy convencida. Al final consiguió mascullar algo que parecía significar que adelante. La abracé y me abrazó. No hablamos demasiado de lo sucedido Ese Día, no teníamos muchas ganas, pero sí acordamos lo de Regadera. «Solo por si hay complicaciones», dijo Natalia. Yo no estaba muy convencida, pero ese nombre era irresistible. Estaba segura de no poder llamarla señora Regadera sin verme obligada a aguantar la risa, Dani me imitó diciendo: «Buenos días, señora Regadera» y la carcajada de Natalia nos contagió a todas. Nadie podría decir, viéndonos así, que Ese Día había tenido lugar hacía tan poco tiempo. Y precisamente eso era lo que necesitábamos: que no hubiese ocurrido nunca. Por eso decidimos que ese jueves cenaríamos juntas, como habíamos hecho hasta entonces todos los jueves y como pensábamos seguir haciéndolo. Con toda normalidad. Una normalidad bastante relativa, pero que era ahora la nuestra. Brindamos por ella. Cuando volví a casa, no demasiado tarde porque era lunes, en el salón había un ramo de mimosas, mis favoritas, y tú ya estabas abriendo una botella de vino. «Mañana trabajo», te dije mientras me besabas el cuello y me empujabas hasta la terraza. Ya habías puesto música y la noche era agradable. Si cerraba los ojos, acurrucada contra tu pecho, casi podía sentirme como si realmente no hubiese pasado nada. Y como si nada pudiese pasar.

8

Ese jueves con las chicas, el primero sin Ana, fue muy raro. No hablamos en absoluto de Ese Día, como si nunca hubiese sucedido. Es cierto que el lunes habíamos acordado no volver a hacerlo, olvidarlo definitivamente: Ana se había marchado, era su decisión y nosotras la respetábamos. Y ya está. Punto. Natalia había repetido esas frases muy seria, marcando con su entonación cada una de las palabras, mirándonos a los ojos mientras lo hacía. Especialmente a mí. No sé si porque dudaba de mi capacidad para conseguirlo o porque trataba de reforzarme en la empresa. Cualquiera de las dos opciones hubiese sido acertada. Incluso las dos a la vez. Dani estaba igual que siempre, como te decía, como si no hubiese una silla vacía en la mesa de aquel restaurante al que no habíamos ido nunca y en el que, precisamente por eso, habíamos reservado mesa. Y lo cierto es que no la había. Natalia, siempre en los detalles, se había preocupado de que la mesa fuese redonda y que únicamente hubiese tres sillas. Pero esa inexistente silla seguía estando vacía pese a que ni siquiera estuviese allí físicamente. Ni ella ni su hueco, gracias a aquella redondez premeditada. Lo que, quizá, multiplicaba la ausencia en lugar de diluirla. Como una triste Nochebuena con demasiados familiares recientemente muertos. Al pensar eso se me erizó el vello de la nuca. Daniela no parecía extrañar a nadie. Casi parecía más locuaz que nunca, como si siempre hubiesen sido así nuestras cenas. Incluso me pareció que tenía más apetito que de costumbre; ella, que siempre comía como un pajarito.

Se me hizo eterna la velada, perdía el hilo de las conversaciones. Un par de veces tuve que pedir que me repitieran alguna pregunta y, aunque hablamos de nuestro día a día, cosa que siempre me interesaba y entretenía, y reímos en algún momento, yo solo quería volver a casa. Jugueteaba con el tenedor en el plato y escuchaba de fondo a Daniela contar algo de una compañera de la oficina, de un abrigo carísimo y algo derramado. Las risas me llegaban igual que me llegarían si mi cabeza se encontrara sumergida en una de esas peceras redondas que les regalan a los niños antes del hámster y después del galápago, como cuando estás incubando un resfriado de dimensiones considerables. Intentaba prestar atención y todo lo que conseguía era esbozar alguna sonrisa a destiempo. La voz de Daniela se mezclaba con el tumulto de fondo y con el ruido de cubiertos y vajillas en una especie de barullo agudo que me iba a hacer estallar la cabeza. Me levanté con la excusa de ir al baño y te llamé desde allí. Solo quería escuchar tu voz, saber que estabas. Nunca había tenido esa sensación contigo, siempre había sido sólida tu presencia. Y aunque sabía (¿lo sabía?) que estabas con los chicos como cada jueves, sentí el vértigo de la posibilidad de que estuvieras con otra. Aparté la idea de mi cabeza con el mismo gesto con el que me aparto el flequillo si tengo las manos ocupadas y me lavé la cara con agua fría. Estaba pintándome los labios de nuevo cuando entró Natalia en el baño y me preguntó si

estaba bien. Aunque le dije que sí, que no se preocupara, que solo había sido un pequeño mareo, la verdad es que no me encontraba muy bien. Solo habían pasado unos días y era la primera vez que cenábamos sin ella. Lo achaqué a algo parecido a la nostalgia, pero bien podría ser otra emoción. Algo más parecido a la culpa o al remordimiento. Pero también a la desconfianza y a la tristeza.

9

A ese jueves lo siguieron otros y la sensación se fue disipando. Eso o es que me estaba acostumbrando a ella. Cuando estaba contigo lograba que desapareciese por completo. Nunca volviste a hablar de Ana ni de Ese Día y a mí eso me venía muy bien. Uno de esos jueves les dije, por primera vez desde que era nuestro día de cenar juntas, que no podía ir y tú te quedaste en casa conmigo. Encargamos comida en un tailandés que acababan de abrir en nuestra misma calle y elegimos minuciosamente una película. Lo más difícil fue ponernos de acuerdo. Yo quería una comedia y tú te empeñaste en ver, una vez más, *The way we were.* A ti te parece irresistible Barbra Streisand y yo nunca hubiese podido ser amiga de alguien como su personaje. Discutimos sobre eso, como siempre. No te podíamos gustar las dos. Tenías que elegir: la irritante Streisand o yo. También discutimos sobre si Redford era el más guapo de entre los guapos (no lo es). Nos volvimos a quedar dormidos a la mitad.

Después de ese, hubo otros jueves en los que me apetecía cualquier cosa antes que ir a cenar con las chicas. No es que no quisiera verlas y, cuando iba, siempre acababa pasándolo bien. Era solo que me encontraba mucho más segura en casa, contigo. Pero los jueves eran también tus días de cenar con los amigos y el primero de ellos en que tú decidiste salir en lugar de quedarte conmigo lo pasé inquieta, yendo de un lado para otro con una copa de vino en la mano y el móvil cerca, pendiente del sonido del portón de entrada o del ascensor, de pasos en nuestro rellano. En cualquier rellano, en realidad, y de cualquier sonido en general. Ponía una película a la que no prestaba atención, abría un libro sin poder pasar de la tercera página, salía y entraba de la terraza, hojeaba una revista. Llamé a Natalia y le dije que había cambiado de opinión, pero Daniela había hecho otros planes y ella estaba en pijama viendo una serie. Me ofreció ir a verla con ella, pero preferí quedarme. Me preguntó si iba todo bien. Le dije que por supuesto. Quedamos para tomar un café al día siguiente después de comer. Recordé un viejo juego de ordenador consistente en crear ciudades desde cero. Creé una. Le puse nombre. Le puse también electricidad. Puse una fábrica, puse agua, un barrio, dos barrios, un parque, subí los impuestos, bajó la población, hubo un incendio, me quedé sin dinero. Los minihabitantes organizaron manifestaciones y abandonaron la ciudad. Apagué el juego. Encendí la tele. Hice palomitas y abrí una cerveza. Cuando llegaste no era demasiado tarde, pero me encontraste dormida acurrucada en el sofá, con alguna peli mala en la tele y un libro en el suelo. Me despertaste con cuidado. Me diste un beso y me hiciste un resumen de tu cena con los chicos. Por primera vez me fijé en las solapas de tu traje al abrazarte, pero en ellas no había ningún cabello sospechoso. No olías a nada que no fuera a ti mismo. Me dio tanta rabia sorprenderme a mí misma haciendo eso que preferí quedarme en el sofá con la excusa de que me había desvelado y que vería una peli, dormiría allí esa noche. A

ti no te pareció extraño y me arropaste con una mantita antes de irte al dormitorio. Te vi alejarte de espaldas, te escuché trastear en el baño un rato. Y luego, el silencio.

10

No tenía ni idea de quién era cuando me cortó el paso al salir de la redacción. Me pilló completamente desprevenida que una desconocida me asaltara de aquella manera para presentarse y estamparme dos besos no solicitados, uno en cada mejilla, mientras yo lo único que intentaba era que no se me cayese el café de la mano. Tuve que decirle que me repitiese quién era y, entonces sí, el vaso se me escurrió de entre los dedos y cayó a mis pies. Reaccioné rápido, todo lo que pude, y le eché la culpa a mi manía de llevar manoplas en lugar de guantes. Es posible que me extendiera demasiado en la explicación y que a ella, en ese momento, no le importase una mierda que los dedos estén más calentitos cuando están juntos que embutidos por separado en minicompartimentos, esas funditas individuales que componen un guante. Ni que, además, fuese más rápido quitar y poner una manopla. Tampoco lo complicado que es encontrar manoplas para las manos de un adulto. Por alguna razón que no alcanzo a comprender está extendido el uso de manoplas en la infancia, pero no tanto en la edad adulta.

—Soy la hermana de Ana —repitió.

Lo había dicho por segunda vez, a requerimiento mío, justo un microsegundo antes de que el vaso de cartón abandonara mi mano enmanoplada para aterrizar en la acera y salpicarme las botas y algunos segundos antes de que, por ese motivo, yo empezase a parlotear como una estúpida. Esta era ya la tercera vez que lo decía y quizá para entonces ya estaba convencida de que yo era realmente estúpida y no solo sospechosa de serlo. No tenía ni idea de que Ana tuviese una hermana y, de haberla tenido, nunca hubiese imaginado que pudiera tener el aspecto de aquella mujer menuda embutida en un abrigo acolchado y con un bolso anticuado cruzado sobre el pecho. Bajo la cortina algo grasienta de su pelo, el color indefinido de aquellos ojos felinos y un gesto muy característico al arrugar la nariz al contacto con el aire helado me confirmaron que, si no era su hermana, bien podría ser una prima.

Nos sentamos en la cafetería de enfrente, en la misma mesa en la que tú y yo hemos tomado algo las veces que has venido a verme al trabajo, junto a la ventana. Ella parecía ciertamente preocupada y a mí se me había acelerado el pulso. Me quité el abrigo, la bufanda y las manoplas mientras me sentaba; me estiré el cuello del jersey de lana como hacía siendo pequeña, cuando mi madre me obligaba a ponérmelos y yo lloriqueaba, quejándome porque picaban y daban mucho calor. Di un trago a mi copa antes de que el camarero pudiera siquiera dejarla en la mesa, arrebatándosela de la mano. Me explicó que hacía tiempo que no conseguía hablar con Ana, que su relación no había sido precisamente fluida en los últimos años. Pero justo unos meses antes de Ese Día (ella no sabía todavía que había existido Ese Día) le había mandado un mensaje, y después de ese otro, y ella había contestado al tercero y, poco a poco, estaban recuperando el

contacto. Ahora, desde hacía meses y sin motivo aparente, se había interrumpido la comunicación. De repente. No sabía si debía preocuparse. La notaba feliz, sabía que estaba con alguien, le había hablado de nosotras. Temía empezar a ponerme colorada en cualquier momento. O peor, marearme. O aún peor, vomitar. Cuando me pongo muy muy nerviosa, me pongo colorada, me mareo y me da por vomitar. Y no quería hacerlo allí mismo ni salir corriendo al baño. Me vería obligada a fingir un embarazo o una sorpresiva gastroenteritis. Y no sé qué es peor. Mientras yo me concentraba en mantener una aparente serenidad que para nada se correspondía con mi histérico estado real, ella me contaba una historia de Ana totalmente desconocida para mí. Nunca me había parado a pensar en el pasado de Ana y, en ese momento, fui consciente de que tampoco me había parado nunca a pensar demasiado en su presente. Ese «estaba con alguien» retumbaba en mi cabeza, rebotaba en las paredes interiores de mi cráneo, resonaba por todas partes. Me impedía pensar con claridad. Respiré aliviada cuando se levantó para ir al baño y pude enviar un wasap desesperado a Natalia. Ella siempre encuentra soluciones urgentes a los problemas acuciantes. Sabiendo que en un rato pasaría por el barrio por una fingida casualidad y entraría a saludarme al verme por la ventana, respiré algo más tranquila y pedí otra copa. Natalia se encargaría de todo. Como siempre.

11

Parecía sorprendida de verdad por encontrarme allí y casi logró que olvidase el detalle de que yo misma le había dicho dónde estábamos y suplicado que viniese a rescatarme. Para cuando llegó, yo ya sabía una buena parte de la historia de Ana y de por qué no tenía relación con su familia, lo que me ayudaba a deducir por qué razón nosotras desconocíamos la existencia de una hermana. Una que era aquella sentada frente a mí en ese momento y que acababa de presentarle a Natalia. Parecía alegrarse sinceramente de conocernos y creo que esperaba de nosotras una respuesta. Le contamos lo que había pasado Ese Día, pero omitimos que tú eras la persona con quien estaba y que la hacía tan feliz. Yo se lo hubiese dicho, no me parecía necesario ocultarlo, pero una patada de Natalia en la espinilla por debajo de la mesa me obligó a toser para disimular, como en las películas malas de enredos, y ella aprovechó para contar una versión en la que nosotras tampoco teníamos ni idea de quién era él. Aquella mañana vino a casa, sí, porque quería contarnos a las tres que se iban juntos. Necesitaba alejarse de todo, no nos explicó la razón, pero parecía contenta y decidida. Comimos en casa y la sobremesa se alargó hasta casi las cinco. De allí decidimos ir a casa de Natalia e improvisar una pequeña fiesta de despedida, cenamos y la acompañamos hasta su casa. Nos dimos abrazos, le deseamos suerte, nos pusimos tristes. Ella prometió llamar de vez en cuando, en cuanto estuviera instalada en alguna parte. «Necesito hacerlo así, confiad en mí», nos había dicho, explicó, convincente, Natalia. Y yo asentí porque no podía ni quería hacer otra cosa que darle la razón y corroborar aquella historia. Sacó entonces de su bolso un pequeño llavero con forma de gatito hecho en fieltro y le dijo a la hermana de Ana que se lo había regalado ella ese día. «Pero prefiero que te lo quedes tú», dijo quitando sus llaves y poniéndoselo en la mano a aquella mujer menuda que me inspiraba una lástima infinita en ese momento. Ella, agradecida, la abrazó. Y yo tuve que dar un trago largo a mi copa porque estaba a punto de llorar, de gritar y de desmayarme. Todo a la vez y en ese preciso instante.

12

Como en aquella película de Woody Allen en la que el anillo de la víctima, lanzado al río por su asesino al querer deshacerse de las pruebas, choca contra la barandilla y no cae al agua, sino al otro lado, el detalle desconocido por nosotras de una relación distante y fría con su familia determinaría el satisfactorio desarrollo de los acontecimientos. ¿Sabes a lo que me refiero? A la hermana de Ana no le sorprendió en absoluto su desconcertante marcha y eso reforzaba nuestra historia. «Es algo propio de ella». Ya se había ido así antes de casa, apenas adolescente y detrás de un novio nada recomendable, con lo puesto, y no supieron nada más hasta que lo decidió ella misma años después. Para entonces, su hermana, que había tenido que cuidar sola de sus padres ya muy mayores y sacrificar una posible vida mucho más deseable y ambiciosa, le reprochaba a su egoísta hermana el haber abandonado a los suyos, una ruptura traumática y alguna renuncia.

—Con un poco de ayuda, tampoco tanta, yo habría podido acabar la carrera y ahora tendría otra vida —decía frotándose unas manos agrietadas y rechonchas.

Agitó la cabeza, como queriendo espantar aquellos pensamientos o un bicho volador o una vida alternativa en la que ella era veterinaria y disfrutaba en la ciudad de una envidiable y rica vida social. Habló, orgullosa, de un hijo pequeño al que Ana no había conocido todavía, pero con el que se llevaría bien porque se parecían mucho, «en lo rebeldes y en lo listos», y un marido cariñoso y trabajador.

—No me puedo quejar —sonrió amargamente.

Le pregunté cuánto tiempo pensaba quedarse en la ciudad y me dijo que solo dos días más. Pero que no quería molestarnos. No sé por qué pensé que era buena idea invitarla a quedarse en casa. Ni siquiera las caras de Natalia ni sus patadas fueron esta vez capaces de disuadirme. Tuve que insistir, pero era lo menos que podía hacer. No iba a dejar que aquella mujer, la hermana de mi amiga (porque era mi amiga, en algún momento lo había sido o al menos yo así lo había creído), acabase en una pensión. Siempre he imaginado las pensiones como habitaciones con colchas amarillentas que huelen a sopa de ajo y con manchas sospechosas en la moqueta. Ventanas que no cierran, un papel pintado horrible en la pared, una bombilla desnuda en el techo y una minúscula ventana que da a un patio interior. Se escuchan a horas intempestivas las conversaciones a gritos de los ocupantes de la habitación contigua, seguro, y el crucifijo sobre la cama se tambalea en la pared a cada golpe al otro lado. Por la mañana, cuando intentas dirigirte el primero al baño compartido, te encuentras a los servicios sanitarios sacando de allí una camilla con ruedas. La sábana que cubre lo que parece un cuerpo inerte te impide atisbar nada más que lo que parece una mancha de sangre sobre ella, y un brazo, de pronto, cae y queda colgando, casi rozando con los dedos la moqueta del pasillo, al tiempo que la policía te indica que vuelvas a tu

habitación y cierres la puerta. Esa es mi idea de una pensión y por eso no podía permitir que esa mujer que me despertaba algo a medio camino entre la lástima y la ternura pasara allí dos noches teniendo nosotros una habitación de invitados bastante acogedora y, está mal que yo lo diga, pero es así, muy bien decorada. Estaba segura de que con aquello me sentiría mejor y, al mismo tiempo, sabía que nunca figuraría entre mis diez mejores ideas. Ni siquiera entre las quince mejores. El bolsazo que me dio Natalia cuando salíamos del bar y nadie nos miraba lo certificaba.

13

La acompañamos a la pensión, recogimos su maleta (tan anticuada como su bolso y casi igual de vieja pero con menos uso) y la instalé en la habitación de invitados. Solo eran dos noches y a ti te pareció perfecto cuando te lo conté en un mensaje de voz.

—No sabe nada de lo vuestro y yo no se lo he contado —te dije para evitar situaciones incómodas.

No contestaste nada a eso. Si a ti también te sorprendió que Ana tuviese una hermana, no se te notó en absoluto, pero tampoco podría asegurar que ya lo sabías. Te observé con atención al llegar, intentando adivinar qué pensabas, si tú sí sabías de su vida y su familia o también para ti era un misterio con ojos de tigre. Si sabías que tenía un sobrino al que no conocía, pero enviaba regalitos, o que tenía de nuevo relación con aquella hermana que te había alcanzado la mano para estrechártela porque, parecía, ante un señor trajeado no sabía muy bien si era correcto dar dos besos. Pedimos unas *pizzas* para cenar y Natalia se quedó también. Creo que quería evitar dejarme desasistida, como si fuese mi apuntador a tiempo completo debido a algún tipo de discapacidad mía. A esas alturas, mi espinilla debía de estar ya a punto de sangrar y tú nos miraste un par de veces con actitud de padre separado de dos chiquillos traviesos en un restaurante fino. Mucho mejor que pensaras, me diría después Natalia, que eran impertinentes bromitas privadas que secretos atroces. Y dicho así yo también preferí entonces que pensaras que no sabíamos comportarnos. La segunda mirada de reprobación fue mucho más severa y yo puse la espalda recta y me coloqué bien la servilleta en el regazo. Natalia se rio y también lo hizo nuestra insólita invitada. Tenía la misma risa que su hermana y esos ojos que cambiaban de color por momentos, solo que en ella parecían mar abierto y los de Ana, en demasiadas ocasiones, un par de nubarrones.

Al día siguiente me tomé el día libre para acompañarla a visitar algún monumento y un museo. Natalia se uniría a nosotras a la hora de comer y Daniela prefería no venir. Ni siquiera inventó una excusa. «No quiero conocerla. Decidle que me sabe fatal, que estoy ocupada. Cualquier cosa». No insistimos. Paseamos, visitamos un par de lugares de esos típicos a los que todo el mundo acude cuando viene a la ciudad, pero los aborígenes no conocemos más que de verlos desde fuera porque a veces pasamos cerca. Tomamos chocolate caliente en ese sitio carísimo donde todo el mundo va a tomar chocolate caliente. Resultó ser un chocolate caliente como cualquier otro chocolate caliente, pero ingerido a precio de oro en una sala recargada, con pesados cortinones en los ventanales y camareros enguantados. Destacable la minúscula galletita de canela que lo acompañaba, eso sí. Estaba tan rica que pedí otro chocolate, que dejé intacto, solo para que me dieran la segunda, lo que la convertía en la microgalleta de canela más cara del

mundo. A las dos y media, al acabar el trabajo, se unió a nosotras Natalia en el japonés en el que habíamos reservado mesa.

14

Cuando la dejamos en la estación del tren, el día que se marchaba, nos prometimos avisarnos unas a otras en cuanto tuviésemos noticias de Ana. Seguiríamos en contacto, por supuesto, y podía venir siempre que quisiese a vernos. Lo de ir nosotras iba a estar más complicado, pero claro que lo intentaríamos. Le habíamos comprado algunos regalos que le dimos allí mismo (un juguetito para el niño, un libro para ella, algunos dulces), nos intercambiamos los *mails* y los teléfonos. Natalia y yo no cruzamos palabra hasta llegar a casa de Daniela. Tenía la sensación de que me costaba respirar, abrí la ventanilla y saqué la cabeza. Intuí que Natalia lo entendía perfectamente porque no me dijo nada pese al frío que hacía. Ya delante de los cafés con leche que había preparado una sorprendida Daniela todavía en pijama, yo no sabía cómo decirlo y ella nos urgía a desembuchar.

—A ver, no estamos seguras y es solo una suposición de su hermana.

Era cierto que no lo había contado como algo que le hubiese comunicado Ana, pero sí parecía que se lo hubiese insinuado. O que estuviese a punto de decírselo. La simple posibilidad ya era suficientemente grave para mí. El estampado de lo que parecía un trozo de tela y que Dani escondió con disimulo empujándolo con el pie debajo del sofá me resultó extrañamente familiar, pero en aquel momento no podía, o no quería, saber el porqué. Bastante tenía con concentrarme en no llorar y no vomitar, ni caer redonda al suelo. Si Marlene Dietrich temía desmayarse porque no estaba segura de hacerlo con elegancia, yo lo temía porque estaba completamente segura de que lo haría de la manera más ridícula de entre todas las posibles. Y aunque puse todo mi empeño en que nada de eso ocurriese (nada de lloros, nada de vómitos, nada de desmayos), tuve que salir disparada al baño porque iba a hacerlo todo junto y en ese preciso instante. Cuando salí de allí, con los ojos enrojecidos, escalofríos, mal sabor en la boca, desorientada y con algún mechón de pelo mojado cayéndome en la cara, debía de tener un aspecto horrible difícil de superar. Natalia ya se lo había contado a Dani y ella estaba furiosa. Me senté como pude, tratando de parecer mínimamente digna, pero dándome una pena horrible a mí misma.

—Es imposible —acerté a decir, pero no estoy segura de que aquellas palabras fuesen entendibles desde fuera de mi propio perímetro corporal.

—También era imposible que estuvieran juntos.

Las palabras de Daniela, pese a ser ciertas, se me antojaron demasiado crueles. Cualquiera diría que estaba más herida ella que yo. Y solo me faltaba eso, que para una vez que era yo la víctima de algo me lo quisiesen arrebatar. No estaba dispuesta a que ella pareciese más afectada que yo. Natalia trató de poner calma, cosa que agradecimos.

—En realidad ahora da igual. Es solo que existía la posibilidad de que fuese a pasar algo que

ya no va a pasar. Es el puto gato de Schrödinger después de haber abierto la caja.

—Después de haber abierto la caja —dijo Dani— y tirado el cartón al cubo del reciclaje.

—De haber abierto la caja, tirado el cartón al cubo del reciclaje y haber prendido fuego al callejón —añadí yo.

Nos reímos y eso relajó el ambiente. Al instante ahogamos la risa. Pero volvimos a reír, quizá de los propios nervios o a saber por qué. A esas alturas, yo ya no distinguía demasiado bien unas sensaciones de otras y todo parecía un torbellino extraño de emociones que colisionaban entre ellas. Aunque ya se había disipado lo que pareció durante tres días una amenaza, pese a que ese día acabó siendo un entretenido domingo de risas, se había quedado fijada en mí, aún no lo sabía, una frase que sería el germen de todo esto. De que ahora estés ahí sentado leyendo estas líneas:

—Quería contarme algo que la tenía muy ilusionada, no me extrañaría que estuviese embarazada.

15

Los días siguieron como sigue la vida en las canciones de los cantautores concienciados: sin demasiado sentido. Me empeñaba en que todo fuese como siempre, en que nada cambiara. En comportarme como el panda que siempre he querido ser, retozando arriba y abajo en una suave y mullida pradera vital que no me diese demasiados sobresaltos. Pero tanto empeño en mantener las cosas inmutables lo único que conseguía es que todo fuese cada vez más distinto. La vida y sus putas paradojas no me lo ponían nada fácil. Iba al trabajo y volvía. Quedaba con las chicas y volvía. Hablaba alguna vez por teléfono con la hermana de Ana. Dejé de ir a ver a Miss Regadera. Los jueves de chicas empezaron a ser cada vez más esporádicos. Los días pasaban entre cumpleaños de sobrinos, planes de fin de semana, comidas en restaurantes nuevos, cenas con parejas de amigos y plazos de entrega. Nadie hablaba ya de Ese Día. Ese Día parecía haber pasado a ser un día más. Uno cualquiera. Uno que no tenía nada de especial. El día en que Ana desapareció de nuestras vidas tras soltar su bomba nuclear era ya equivalente para todos al día en que compramos una nueva tele, o a aquel en que descubrimos la mejor tarta de queso de la ciudad. El día que me enteré de tu infidelidad, el día que nevó en la ciudad, el que cortaron la línea tres del metro, el que se me rompió una uña, el que tuve un retraso. Cada día puede ser solo un día cualquiera y todos los días pueden ser Ese Día para alguien. Es una cuestión de perspectiva: el día que operan a vida o muerte a tu único hijo es una jornada laboral más para el cirujano de guardia. Las estrellas fugaces de unos son los meteoritos de otros. Pero para mí seguía siendo Ese Día y no un día cualquiera, aunque cada vez más distante y más difuso. Cada vez más raro. Al dolor siguió la rabia, y a la rabia, la tristeza. Después llegó la resignación y más tarde la indiferencia. Y mucho tiempo de no sentir nada es bastante tiempo sintiendo algo. Algo que no es agradable. Dejé de culparme a mí misma, de intentar comprenderte. Primero busqué un motivo, algo que justificase aquello, pero no conseguí encontrarlo. Más tarde entendí que no siempre es necesario, que a veces las cosas simplemente las hacemos porque nos apetece. Y que no necesariamente había dejado de importarte, o necesitabas evadirte. Que tal vez no necesitabas algo más, ni buscabas hacerme daño. Que simplemente lo hiciste porque podías y querías. Sin más.

Al mismo tiempo que descubrí que me costaba recordar la voz de Ana fue apareciendo e intensificándose la idea de irme. Como si bajarle el sonido a una implicara una subida en el volumen de la otra. Comenzó siendo algo vago y poco definido, la posibilidad de una separación. Comprendí que era esa tu manera de querer y también que no es así como yo necesito que me quieran. Hice cálculos mentales: con mi sueldo y mis ridículos ahorros necesitaría al menos esperar seis meses para reunir una cantidad que me permitiese irme y empezar de nuevo. Podría

volver a mi apartamento, que estaba vacío, pendiente de pintar y de un par de arreglos, desde que se fueron los últimos inquilinos. Pero no me apetecía nada instalarme allí ni quedarme tan cerca de ti. Sería demasiado fácil encontrarnos por casualidad y yo necesitaría no verte una temporada que se me antojaba larga. Podía ponerlo en alquiler y con ese dinero pagar un pequeño estudio, no muy deprimente ni demasiado lejos de mi trabajo. Ajustar gastos, soportar no verte. Imaginaba una vida sin ti y aquello dolía. Aparté la idea e intenté que todo funcionara. Y luego, que todo pareciese que funcionaba, y, más tarde, solo dejaba que pasaran las horas y los días. Pero siempre parecía que algún peligro acechaba, como de pequeña lo hacía cualquier ruido, y volvió aquella sensación de estar siempre esperando a que algo ocurriese. Que llegase otro familiar buscándola, que alguien preguntase por ella, que tú decidieras averiguar dónde estaba. Que tú estuvieses con otra en lugar de donde decías estar. Nunca había desconfiado y me resultaba muy desagradable la inquietud y el desasosiego en los que me sumergía en cuanto salías por la puerta. Jamás leí tus mensajes ni tus correos, no porque no sintiese la necesidad de hacerlo para intentar descubrir posibles traiciones, sino porque me prometí a mí misma que no sería ese tipo de persona. En ocasiones me costó muchísimo mantenerme fiel a esa promesa. Todo parecía inestable y a punto de cambiar. Me sobresaltaban todos los ruidos, odiaba que sonara el teléfono o el timbre de la puerta. Volvió el plan a mi cabeza y fui añadiendo detalles a la misma velocidad que desactivaba notificaciones. Al principio como quien añade un capricho a la lista de la compra. Luego, como si de aquello dependiese la seguridad nacional. Dejar el trabajo, cambiar de barrio, irme de la ciudad. Contártelo todo, contártelo todo, contártelo todo. ¿Hacerlo en persona, por teléfono, por carta? Tenía que contemplar todas las posibilidades. Aquella en la que todo salía bien, pero también el peor de los escenarios. Y todo lo que quedaba entre una y otra posibilidad. Siempre me encontraba con el mismo impedimento, con esa china en el zapato que era no haber dejado de quererte, no querer perderte. Habría dado cualquier cosa por volver al día antes de Ese Día, ese que apenas recuerdo por apacible.

No le conté nada a Natalia hasta hace unos días, cuando ya estaba todo decidido, todo atado, ni un fleco pendiente. Así no podría disuadirme. Daniela no tiene ni idea. Ha sido agotador, créeme, y a punto he estado de venirme abajo en algunos momentos. Pero después de pensarlo mucho, mucho más de lo que puedas imaginar, estoy segura de que esto es lo que tengo que hacer. No podemos seguir así. Yo no puedo hacerlo. Aunque la sensación que tengo ahora mismo sea la misma que tendría si acabara de saltar de un trampolín y aún no supiera si la piscina, allá abajo, está llena de agua o completamente vacía, ni si es lo suficientemente grande y profunda. De hecho, podría no haber piscina siquiera.

ESE DÍA

1

Ese Día, cuando amaneció, parecía un día normal. Con su luz normal de las siete y media de la mañana entrando por la normal ventana de nuestra habitación, un agradable olor a café normal inundando esta normal casa, y esa manía tuya de poner, justo a esa hora, *Hoy puede ser un gran día* para despertarme. Día tras día. He intentado hacerte entender, bien lo sabes, que todos los días no pueden ser un gran día porque, si así fuera, si todos los días fueran un gran día, la propia cotidianidad implicaría que dejarían de existir los grandes días. Por un simple e indeseable desplazamiento en la escala de grandiosidad diaria. Pero tú sigues poniendo la puta canción cada mañana. Por tu culpa y, de paso, por culpa de Serrat, los grandes días corren el riesgo de pasar a ser días absolutamente normales, y necesitaríamos que sucediesen cosas aún más grandes para poder tener, alguna vez, un gran día. Esa canción, mañana tras mañana, está consiguiendo devaluar los grandes días que todos nos merecemos de vez en cuando. Pero seguías, sigues, sin comprenderlo.

Recuerdo que metí la cabeza debajo de la almohada unos segundos antes de obligarme a salir de la cama. Como cada día. Y recuerdo arrastrar los pies hasta la cocina, despeinada y en camiseta, y farfullar algo parecido a un «buenos días» que en realidad equivalía a un «ni se te ocurra hablarme». Me diste un beso en la nariz mientras me servías el café, tal y como a mí me gusta. Como cada mañana. Como hoy mismo has hecho por última vez sin saberlo. Ese día, que a esas horas todavía no era Ese Día, hablabas y hablabas sin parar. Yo no te escuchaba. No tengo ni la más mínima idea de lo que decías y ni siquiera entonces me interesaba. Sabes que no acostumbro a escuchar a nadie recién levantada. Me irrita la vitalidad de los demás antes de las once. Te observaba pulular por la cocina al mismo tiempo que metías y sacabas cosas del lavavajillas y de los armarios superiores sin dejar de parlotear. Yo, mientras tanto, daba en silencio sorbos al café y pensaba en lo mucho que me recordabas a los odiosos dependientes de los grandes almacenes. Esos hombres grises con trajes que parecen prestados, que preguntan una y otra vez si pueden ayudarte en algo, aun sabiendo que has ido allí para que nadie te hable, para que nadie te ayude en nada, para coger lo que sea de una estantería y, sin mediar palabra, pagar con tu tarjeta y salir con la satisfacción de no haber intercambiado ni media palabra con otro ser humano. Hombres como gallinas, de un lado a otro, cambiando libros de sitio, enderezando billeteras, realizando con diligencia cualquier otra función innecesaria, que no precise de atención inmediata. Hombres que hacen cosas para que parezca que hacen cosas, en lugar de para hacer cosas. Todo el tiempo así. Los hombres dinámicos, los más grises del mundo. Hombres tristes con abrigos siempre largos.

—¿Y cuál es tu plan para hoy? —me preguntaste, demasiado feliz para mi gusto,

interrumpiendo mi monólogo interior.

—Conseguir la reconciliación entre Israel y Palestina, acabar con el hambre en el mundo y encontrar la vacuna contra el sida.

Sonreíste con una amabilidad infinita ante mi impertinencia, dejando un plato con tostadas recién preparadas sobre la mesa y atusándome el pelo. No entendía cómo podías seguir aguantándome cuando a veces no me aguanto ni yo.

—Trabajar e intentar no asesinar a nadie —rectifiqué.

—¿Comemos juntos?

—Claro.

Ya estabas duchado y vestido, listo para salir. Y olías de maravilla. Mientras tanto, a tu lado yo parecía una anciana con Diógenes a punto de ser devorada por sus gatos al final de una vida disoluta e irresponsable. Y ya tendría que estar saliendo hacia el trabajo, aunque en ese momento me diese bastante igual. Me revolviste el pelo de nuevo con un gesto cariñoso al despedirte. Gruñí, aferrada a mi taza, sin mirar siquiera tus ojos pardos. Esos que tanto me gustan y que ahora has entornado. ¿Me equivoco? Te observé alejarte por el pasillo y se sucedieron tras de ti toda una serie de sonidos cotidianos y familiares que hacían de mis mañanas un lugar seguro: la puerta al cerrarse, tus pasos en el descansillo, el ascensor. Di otro sorbo a mi café al mismo tiempo que echaba un primer vistazo a las portadas de los periódicos en el portátil y enviaba un wasap avisando de que llegaría tarde, que se había roto la caldera y debía esperar al técnico, que estaría a punto de llegar. Un día absolutamente normal. Como si no estuviese a punto de ocurrirnos nada, amor.

2

No sabría precisarte a qué hora sonó esta vez la notificación que indicaba que había recibido un wasap en mi móvil. Ni siquiera había vuelto a mirar el reloj desde que saliste de casa y yo seguía en la misma silla de la cocina leyendo la prensa. Una vez asumido que llegaría tarde a trabajar, avisados mis jefes del contratiempo, la desidia se había apoderado de mi ánimo y ya nada era apremiante. Incluso la ducha podía esperar un poco más. No tenía ni idea de quién podría escribirme a esas horas. Me ofendió pensar que algún amigo me molestase con futilidades antes de las once (y no eran todavía las once, eso seguro) o, más determinante todavía, antes del segundo café. Ese que, bien lo sabes tú, es el que me permite socializar con cierta soltura y manejar las más elementales normas de educación y urbanidad. Fue en ese instante, al descartar por improbable tan indignante y desconsiderada posibilidad, cuando supe que debía de ser algo importante. Aun así, no leí en ese momento el mensaje. Arrastré mi pereza por el pasillo hasta el armario de las toallas, no porque una ducha fuese lo que más me apetecía, sino porque era lo que se suponía que debía hacer. Quizá con más premura, sí, pero no iba siquiera a fingir entusiasmo ante una audiencia inexistente. Cuando volvió a sonar el ruidito de notificación de mensajes me pareció una excusa tan buena como otra cualquiera para retrasarme un poco más. Deshice el camino ya andado desde el armario hasta la cocina y cogí, gandula, el móvil.

El mensaje número uno decía: «¿Estás en casa todavía? Necesito hablar contigo».

El mensaje número dos decía: «Estoy en el portal. Invítame a un café».

Debía de ser urgente, sin duda. Ese uso del verbo «necesitar» en lugar de un mucho más cortés y considerado «me gustaría» no podía indicar otra cosa. No parecía propio de Ana. Me conocía lo suficiente como para no presentarse en casa, sin avisar, una mañana entre semana y exigiendo una invitación. Al menos no había tocado al telefonillo, muy probablemente porque sabía que, en ese caso, ni siquiera habría contestado. No tenía ni idea en ese momento de qué podría querer tan acuciante como para no esperar a la noche si, como todos los jueves (sé que era jueves por eso), teníamos cena de chicas. Miré la toalla todavía en mi mano y, de pronto, me apeteció muchísimo esa ducha que un minuto atrás me había dado una pereza infinita. La lancé sobre una silla y pulsé con desgana la tecla del interfono que abre el portón del edificio. Dejé la puerta entornada, volví a la cocina por enésima vez esa mañana y me serví otro café. Ese segundo café, imprescindible, que me ayudaría a prestarle atención mientras me contaba lo que fuera que me tenía que decir y que no podía esperar ni un minuto.

Deseé, desconsiderada, que fuera tan grave como para no poder enojarme con ella. Pensé en muertes y enfermedades incurables. También en accidentes de tráfico, caídas en bañeras y, no sé bien por qué, en holocaustos zombis y amenazas nucleares. Escuché cómo cerraba la puerta y,

enseguida, sus pasos en el parqué. Los pasos de Ana siempre han sido como la propia Ana: ligeros y rápidos. Como si un gatito persiguiese, risueño, una pelusa flotante. Apareció en la puerta de la cocina, menuda, felina y etérea. Y fue al ver su rostro cuando me preocupé de verdad por primera vez. No era algo preciso ni evidente. No tenía cara de enferma terminal, ni de haber llorado durante horas la sorpresiva muerte de un ser querido, ni mucho menos parecía que la hubiese atropellado un repartidor de *pizzas*. Y, desde luego, ningún muerto viviente había devorado el interior de su cráneo. Era como una ligera sombra de tristeza o preocupación, no sabría definirlo, que oscurecía su mirada. No dije nada y ella tampoco. Preparé otro café y le acerqué la taza. Me senté enfrente con la mía entre las manos mientras ella se sentaba sin mirarme.

—¿Quieres azúcar?

Sabía que no quería azúcar. Ana siempre ha tomado el café solo. Pero no se me ocurría qué otra cosa podía decir. Negó con la cabeza. Pasaron unos segundos. Insistí.

—Bueno, ¿qué pasa?

Ya sabes que la mano izquierda y el tacto nunca han estado a la cabeza de mi lista de virtudes. Tampoco la paciencia. Los prolegómenos son para cobardes. Recordé que solo había tomado un café y me apresuré a dar un sorbo, como si aquello fuese a convertirme al instante en la persona más afable del mundo, aquella a la que confiarías todos tus secretos, tus bienes e, incluso, tu vida o la de tus seres queridos.

—Martín y yo nos estamos viendo.

La sensación, amor, fue la misma que cuando crees haber olvidado el móvil en la barra del último bar en el que estuviste, o cuando no encuentras las llaves en el bolso al llegar al portal. Esa especie de microinfarto de miocardio que acontece ante la certeza momentánea de una pérdida irreparable. Como si el suelo se hubiese retirado bajo tus pies. Duró el tiempo que habría tardado en darme cuenta de que tenía el móvil en mi mano o las llaves en el bolsillo. Solo que no estaba tan segura de haber entendido o no, de haber perdido algo o de haberlo recuperado. Ni siquiera sabía muy bien qué estaba pasando. Creo que ella se dio cuenta de mi desconcierto porque repitió la misma frase, palabra por palabra, pero un poco más despacio.

—Es imposible —acerté a balbucear.

—Vais a comer juntos hoy, ¿verdad?

No contesté. No sabía qué contestar a nada de lo que me decía. Seguía sin estar segura de estar entendiendo algo. Ni siquiera lo estaba de querer mantener aquella conversación. Apenas reconocía, de pronto, a la persona a la que tenía enfrente, pese a ser una de mis mejores amigas. En ese preciso momento, cómo son las cabezas, fui consciente de que seguía en camiseta, despeinada y aferrada a una taza de café con leche, como si soltarla implicase caer al vacío. Yo solo quería darme una ducha y seguir con mi día, y allí estaba, impresentable y minúscula, desorientada y confusa. Una señora mayor a la salida del bingo mirando a derecha e izquierda, con su carrito de la compra, sin saber muy bien si va o viene, ni hacia dónde se dirige. Sin nada más a lo que agarrarme que esa taza cuyo contenido ya se había enfriado y que ni siquiera era mi favorita. Ni la segunda favorita. Una taza como otra cualquiera (normal, vulgar, de infantería) era en ese instante lo más sólido para mí. Hay que joderse.

—Vais a comer juntos porque anoche le dije que no podríamos vernos hoy. No sabe que he venido.

Debió de intuir que yo todavía no acababa de creérmelo, porque cogió su móvil sin decir nada y tecleó algo. Lo dejó sobre la mesa mientras me miraba. Sus ojos habían cambiado. Ahora su

mirada era firme, casi desafiante. Busqué el rastro de tristeza que había creído apreciar antes, pero ya no estaba. Parecía asomar algo áspero al fondo de aquel verde indeterminado de sus ojos. Los ojos de Ana siempre me habían parecido canicas. ¿A ti no? Su color cambiaba según la luz o su estado de ánimo. A veces verdes, a veces grises, a veces de un indefinible, turbio y desconcertante color parduzco. Como en ese momento. En mi teléfono sonó una notificación. Yo no hice caso, no estaba para mensajes de nadie. Estaba pensando en cosas de color indefinido, como los ojos de Ana. Hojas secas, mobiliario urbano, cacas de pez. Pero ella me indicó con un gesto que lo leyese. Eras tú. Me decías que te había surgido un imprevisto con un cliente. En lugar de comer juntos me verías más tarde en casa. Me traerías chocolate y besos. Miré sus ojos verdes, que no eran verdes entonces, intentando encontrar allí respuestas que no quería escuchar a preguntas que no quería hacer, reprimiendo ya algo parecido a una ira imprecisa, a una vaga molestia en la boca del estómago.

—Le he dicho que finalmente estoy libre para comer. Que, si puede, nos vemos donde siempre.

Donde siempre.

Teníais un Dondesiempre.

3

Las chicas llegaron enseguida. Ni siquiera preguntaron qué pasaba cuando las llamé. Simplemente vinieron. Con rapidez. Creo que por mi tono, y porque hasta entonces jamás las había llamado con tanta urgencia, y menos a esas horas, y menos aún entre semana, ambas supieron que pasaba algo. Y ahí estábamos las cuatro, sentadas en silencio alrededor de la misma mesa donde has encontrado estas páginas.

—Una de las dos tendrá que contarnos por qué estamos aquí —dijo Natalia.

Me levanté arrastrando la silla, apoyando ambas manos en la mesa al hacerlo y mirando a Ana, haciendo mucho más ruido del necesario. Mientras yo abría y cerraba armarios, fue ella quien lo dijo:

—Acabo de contarle que Martín y yo nos estamos viendo.

Me molestó escucharlo y cerré de golpe el armario. Todas me miraron. O eso pensé, aunque estaba de espaldas a ellas y no podía saberlo. Natalia se levantó y apagó la cafetera con un gesto brusco, como si yo no fuese a utilizarla en ese momento. Sacó cuatro cervezas de la nevera, las puso sobre la mesa y se sentó de nuevo.

—Pero ¿tú eres tonta? —dijo.

—¿Yo? —pregunté mientras me sentaba.

—Sí, tú eres tonta —dijo sin mirarme—. Pero ya hablaremos de eso luego. Le digo a ella.

Ana dio un trago a la cerveza, sin prisa, antes de responder. Como si todo aquello fuera un mero trámite que en realidad no le importara demasiado, que le importunase incluso, pero necesario de pasar.

—No todo ocurre para joderle a ella. Sucedió sin más. Y no sé por qué tenemos que tratarlo las cuatro si solo nos incumbe a nosotras.

Dejé la cerveza en la mesa haciendo ruido y me levanté. Natalia, que estaba a mi lado, me cogió del brazo y me obligó a sentarme de nuevo.

—Deja de dar golpes con todo, anda. Pareces una loca.

No le faltaba razón. Entre los golpes que no dejaba de dar y que continuaba en bragas y camiseta, despeinada y con el ceño fruncido, parecía una perturbada. Así que obedecí como una niña chica y, sin levantar la vista de la mesa, empecé a secar compulsivamente con servilletas de papel el charquito de cerveza derramada que se había formado alrededor de la botella. Ahora parecía una perturbada con algún tipo de trastorno obsesivo-compulsivo haciendo manualidades en un centro de día. Menuda mañanita.

—Ocurrió sin más —insistió Ana, y yo deseé tener el don de fulminar organismos pluricelulares con la mirada. La hubiese reducido a un ridículo montoncito de cenizas sobre la

silla de formica en ese preciso instante. Aquella silla, concretamente, que me empeñé en comprar en una tiendita de segunda mano poco después de mudarme contigo. No pegaba con ninguna otra silla de la cocina, pero yo la quería. Estuvimos paseando con la jodida silla el resto del día, como quien pasea a un niño tonto, hasta volver a casa. Me lo recordabas cada vez que te sentabas en ella. Y allí estaba ahora la pobre —tan mona, tan retro, tan azul— bajo el culo de Ana. Ese que no me hubiese importado patear mientras seguía parloteando. Todos los lugares comunes salieron, uno tras otro, de aquella boca: no fue planeado, intentasteis evitarlo, era irremediable, algo superior, no queríais hacer daño a nadie, merecíais ser felices. Ese plural, uno en cada una de sus frases, flotaba sobre la mesa en la que ya se acumulaban más cervezas de las que podrían parecer convenientes a esas horas. No hacía más que pensar que todo estaba mal para ser las horas que eran, pero no tenía ni idea en realidad de qué hora era. Era demasiado pronto para beber, eso seguro. Demasiado pronto para que hubiese gente en casa. Demasiado tarde para seguir sin ducharme, para no haber ido a trabajar, para andar despeinada. Demasiado ruido, demasiada información. Demasiado lunes para ser tan jueves. Y mientras pensaba que con tanto demasiado ya tenía suficiente, seguía llegando hasta mí la interminable perorata de Ana, con su hiriente plural. Ese que hasta hacía unas horas —¿ya habían pasado horas?— nos pertenecía a ti y a mí, únicamente, y ahora me era tan ajeno.

Como si supiera lo que había en mi cabeza, Natalia puso su mano sobre la mía, que apretaba con rabia las servilletas húmedas. Le agradecí el gesto, aunque evité mirarla. Noté cómo mis ojos se empañaban. Lo que me faltaba: encima iba a ponerme a llorar.

—No estoy pidiendo permiso ni disculpas a nadie. Solo estoy comunicando lo que ocurre porque prefería ser yo quien lo hiciese, pero ni siquiera tengo ninguna obligación. Es pura deferencia.

Con aquella frase parecía querer dar por zanjado el tema, como si ya estuviese agotado y no hubiese más que añadir.

—Además —dijo mirándome con insolencia—, he quedado para comer.

Se levantó de la mesa y todavía no había llegado a la puerta de la cocina cuando Daniela le dijo que se sentase de nuevo. Sonó como una orden más que una sugerencia. No había abierto la boca en todo el tiempo y yo había olvidado que también estaba allí, que éramos cuatro alrededor de esa mesa. Ana volvió sobre sus pasos y se sentó de nuevo.

—¿Quieres que siga hablando?

Dani le sostenía la mirada, furiosa. Ana volvió a preguntarle si quería que continuase hablando. Tuve la sensación de estar perdiéndome algo y Natalia me pareció tan atónita como yo. Me levanté.

—Voy a llamarle. Él también tendrá algo que decir.

Natalia cogió mi móvil cuando ya estaba buscando tu número, impidiéndome llamar, y tiró de mi brazo para que me sentara. Dios, qué rabia me daba que hiciera eso todo el tiempo. Me hacía sentir minúscula y errática. Digna de tutela. Aun así, me senté sin ofrecer resistencia, pero le dediqué una mirada hostil. Ella puso los ojos en blanco y me arrancó una sonrisa triste que agradecí. Dani y Ana seguían inmersas en aquella especie de duelo soterrado que no entendía. ¿No era yo a la que su novio le era infiel? ¿Yo la ofendida? ¿Yo la merecedora de toda conmiseración? Me dieron ganas de romper platos, llorar muy fuerte, golpearme el pecho o lanzar algo contra la pared. Demasiadas telenovelas, quizás.

—Os estáis olvidando de que este es mi drama —dije, elevando la voz más de lo que me hubiese gustado.

—¿Tu drama? Todo gira siempre a tu alrededor, ¿verdad? No has pensado ni por un momento en cómo se siente él, en por qué necesita estar con otra. En cómo me puedo sentir yo o en que todo esto no es agradable para nadie. Este es tu drama y los demás somos actores secundarios que ni sienten ni padecen. Somos todos, siempre, tu comparsa.

Se me puso un nudo en la garganta y salí atolondradamente de la cocina, sin prestar atención a su reacción ni a la mano de Natalia, que, de nuevo, pretendía contenerme y que yo acerté a apartar esta vez. No quería llorar allí delante. Estaba harta de aquella conversación y de aquella mañana, ya muy larga. No podía volver atrás en el tiempo, eso seguro, pero al menos podía refugiarme en el baño, darme una ducha y, si no quitarme la pena o la rabia, sí al menos aquel atuendo ridículo, cómodo para la intimidad, sí, pero no el más adecuado para afrontar el punto de giro de una vida.

Una vez debajo del agua caliente me permití, por primera vez, llorar sin contención. Nunca he sido demasiado buena diferenciando ciertas emociones. A veces confundo la compasión con la ternura, por ejemplo, y no sé si un niño pequeño me inspira una lástima insoportable o un afecto tan brutal que no podría remediar las ganas de pellizcarle un moflete y aspirar el olor de su diminuta nuca hasta fijarlo en mi recuerdo de manera permanente. Y en ese momento no sabía si lo que sentía era una rabia espantosa por la doble traición, esa deslealtad inesperada, o si aquello era tristeza por todo lo que, intuía, acababa de perder. Lo que fuera daba igual. La sensación, aun sin etiqueta, era incómoda y desagradable. Casi inabarcable para mí, acostumbrada a que mi vida transcurriese sin grandes sobresaltos, mimada del universo, deslizándome suavemente por la ladera mullida sin excesiva pendiente de mi cómoda existencia. Sentada en el suelo de la ducha, abrazada a mis piernas y con el agua caliente cayendo sobre mí, me recordaba demasiado a las mujeres recién violadas de las películas malas de sobremesa en una hortera cadena de televisión estatal. Me di mucha más pena tras ese pensamiento, se intensificó mi llanto y me entró hipo. El patito de goma pareció reírse de mí desde el estante del gel. No quería salir de la ducha. En realidad lo que no quería era enfrentarme al resto del día. Y eso que todavía no tenía ni idea de que ese día era Ese Día y que todo, siempre, puede empeorar.

4

Si es cierto que el humo indica dónde está el fuego, cómo odio las frases hechas, no es menos cierto que un grito desgarrado siempre anticipa una tragedia. No fue uno desesperado, de madre viendo a su hijo atropellado por un automóvil un segundo después de soltarse de su mano. Tampoco de dedo chafado con una puerta, o de cucaracha demasiado cerca del propio pie descalzo. Fue un grito breve y agudo, casi animal, no sabría describírtelo mejor. Uno tan extraño que por un momento pensé que había sonado en mi cabeza, que era yo quien lo había emitido entre sollozos mientras me lamentaba de todos mis males. Cerré el grifo, para que el lloriqueo del agua que hacía los coros al mío me permitiese dirimir si aquel grito había sido imaginación mía o no. Unos segundos esperando en silencio lo único que consiguieron fue que se me erizase el vello por el frío, probablemente la única sensación desagradable de todo el catálogo que no había sentido todavía esa mañana. Alargué la mano para coger la toalla. La misma toalla que, recordé justo entonces, había dejado sobre el respaldo de una silla después de haberla paseado por todo el apartamento un rato antes, cuando aún era tan feliz como para que mi mayor preocupación fuese elegir si darme aquella ducha o demorarla un poco más. Me había olvidado ya del grito, pensando en nuestra lejana y despreocupada vida de hacía un rato, y estaba secándome (mal) con la camiseta recogida del suelo cuando sonaron unos golpecitos en la puerta del baño. Un «sal» demasiado acuciante me empujó a ponerme con prisas la ropa interior y la camiseta-toalla, para no cruzar desnuda la puerta.

—No te asustes.

Pero ¿cómo no se va a asustar alguien a quien lo primero que le dicen es que no se asuste? Estarás de acuerdo conmigo en que ese imperativo es autoinvalidante. En el preciso momento en que se emite el mandato, se anula toda posibilidad de cumplimiento. La cara de Natalia ante mí parecía más pálida todavía que de costumbre, lo que significa que no había modo de estarlo más. No me atrevía casi a preguntar qué pasaba cuando repitió que no me asustase y entonces la aparté de mi camino y troté torpemente por el pasillo hacia la cocina. No sé qué esperaba encontrar allí que pudiese reafirmarme en mi condición de persona asustada. Podría haberse roto una cañería, inundando la estancia. El techo podría haberse desplomado sobre la mesa de nuestra cocina y el vecino estaría asomado al borde del hueco que encontraría donde antes estaba la lámpara. O la rama de un árbol talado con descuido en la calle habría entrado por la ventana, rompiendo los cristales, y descansaría ahora sobre una encimera destrozada. ¿Qué puede pasar en una cocina que merezca un grito, un «no te asustes» y que una persona adulta corra por el pasillo descalza, empapada y medio desnuda? No sé si me dio tiempo de pensar todo eso entonces o lo pienso ahora mientras te escribo, pero sí sé que conforme me aproximaba a la cocina no podía ni

imaginarme que al llegar me encontraría a Ana desplomada en el suelo. Que Daniela estaría de pie, junto a ella, moviendo despacio la cabeza como solo hacen los médicos de las series en los pasillos de los hospitales cuando dan malas noticias a familiares desesperados que rompen a llorar y se abrazan y alguien, siempre, se desmaya. El médico se quita el gorro, abatido por no haber podido hacer nada más. La cámara se aleja lentamente. Fundido a negro. Lluvia. Funeral. A los pies de Daniela, que seguía negando con la cabeza, el cuerpo de Ana era ya solo eso: el cuerpo de Ana sin Ana dentro.

5

¿Has visto alguna vez un muerto? No recuerdo habértelo preguntado nunca. No era Ana mi primer muerto, pero no podía dejar de mirar, no sé si con fascinación o incredulidad.

—Hay que llamar a una ambulancia —dije.

—No hace falta. No hay nada que hacer.

—Pues a la policía, a los bomberos, al Seprona, a nuestras madres, yo qué sé. A quien sea. Hay que llamar a alguien.

Iba a coger mi móvil, que seguía encima de la mesa, pero Natalia lo apartó de mi alcance. Exactamente igual que llevaba haciendo toda la mañana. Allí nadie iba a llamar a nadie, dijo. La miré como quien miraría a un ficus que gritase «tengo hambre». Busqué la mirada de Dani, que seguía de pie apoyada en la encimera. Asintió. Me senté junto a Natalia, derrotada, y apoyé la cabeza en su regazo. Ella me acarició el pelo, enredando sus dedos en mis rizos. Miré los pies de Ana en el suelo, las suelas de sus bailarinas casi infantiles, sus finos tobillos, las piernas que desaparecían tras la mesa que ocultaba el resto de su cuerpo. Me alegré de no ver su cara desde allí. Dani se acercó, besó a Natalia en la frente y me acarició la cabeza. Todo parecía ajeno a nosotras, como si no estuviésemos allí en realidad. Como si una niebla invisible pero palpable se hubiese instalado en la cocina. Tuve la necesidad de mirar por la ventana para asegurarme de que ahí fuera el mundo seguía girando. El cielo era de un azul obsceno.

—Hay que hacer algo con esto —dijo Dani, decidida.

—«Esto» es Ana y hasta hace unos minutos era nuestra amiga —dijo Natalia.

Casi furiosa me apresuré a apuntar que, en realidad, lo era hasta hacía unas horas. Hacía unos minutos era la hija de puta que se tiraba a mi novio (a ti). Y el hecho de que ahora estuviese muerta no borraba eso del acta del día. Fue justo en ese momento cuando fui consciente de que en las últimas horas le había deseado la muerte al menos tres veces, quizá más. Sentí algo parecido a culpabilidad y tuve que convencerme a mí misma de que aquello no era producto de un superpoder letal y descontrolado. Aquello era una tragedia, sí. Pero no la había provocado yo ni mi habilidad para ejecutar maldiciones con la mente.

—Tenemos que llamar a la policía.

Fue Natalia, creo, quien dijo que lo mejor era que saliésemos de la cocina y hablásemos de aquello. Había que tomar una decisión. Yo no entendía nada. ¿De qué decisión hablaba? Ana estaba sin vida —la palabra «muerta» parece demasiado irreversible cuando se dice en voz alta— en el suelo de nuestra cocina. No había ninguna decisión que tomar. Había que llamar a la policía. En las películas siempre se llama a la policía cuando las cosas van mal. Y las cosas iban francamente mal.

6

Me vestí, abrí una botella de vino, serví tres copas y así estuvimos un buen rato, sentadas en el salón. Justo donde estás tú ahora. En silencio. Yo miraba de vez en cuando la puerta cerrada de la cocina, sin poder creer todavía lo que había detrás de ella. Dani me llamó por mi nombre, dulce, y me hizo un gesto para que dejase de mirar hacia allí. Natalia carraspeó un poco antes de hablar y yo abracé el cojín con más fuerza.

—No podemos llamar a la policía.

—Pero ¿por qué no?

Me levanté y lancé el cojín al suelo. No podía estar sentada, pero andar de un lado para otro tampoco me hacía sentir mejor.

—Siéntate.

—No, no me siento. ¿Por qué no podemos llamar a la policía? No hemos hecho nada, no hemos matado a nadie. Ana ha muerto, no sabemos por qué, y alguien tiene que hacer algo.

Dani y Natalia se miraron.

—Le he atizado con tu exprimidor en la cabeza —dijo Dani.

Me senté de nuevo en el suelo, cogí mi copa y bebí. Me encantaba ese exprimidor. Era un trasto terriblemente caro para ser algo que sirve tan solo para obtener zumo. Y ni siquiera me gusta demasiado el zumo. Me lo habías regalado porque te estuve dando el coñazo con lo precioso que era desde que lo vi en el escaparate de la tienda de diseño pija que acababan de abrir debajo de casa. Un día apareciste con aquel pesado artilugio, con aspecto de cohete soviético, al que le habías puesto un ridículo lazo enorme y rosa. El regalo más inútil y romántico que me habías hecho nunca. Si no fuese por el dramático resultado, habría sido gracioso que Dani golpeara a Ana con ese exprimidor, edición limitada, regalo de su amante a otra. La muerte fastidiaba el chiste, claro. Aquel día todo parecía salir mal. Hasta las coñas.

—No podemos llamar a la policía. Estábamos discutiendo y parecerá una agresión lo que solo ha sido un accidente.

—¿Ha sido un accidente? ¿Cómo acaba un exprimidor en la cabeza de una persona por accidente?

Soné furiosa, lo sé, pero no lo estaba. Estaba asustada. Desconcertada, quizá. No furiosa. Solo quería saber, lo preguntaba en serio, cómo era aquello posible. No me imaginaba a Dani queriendo hacer daño a Ana. Y no acababa de entender cómo se golpea a alguien mortalmente de manera accidental.

—Ana estaba hablando tan desconsiderada, tan soberbia y amenazante, que no parecía ella. Yo estaba de pie, justo detrás, porque iba a coger otra cerveza. Me puso furiosa escucharla hablar

así, con tanto desprecio, y no sé cómo ocurrió. Cuando me quise dar cuenta, tenía el exprimidor en la mano y ella estaba en el suelo. Supongo que fue algo instintivo, no lo sé. De verdad que no lo sé.

Me acerqué a ella y la abracé.

—Vamos a arreglar esto —le dije.

Lo que no sabía era cómo cojones íbamos a hacerlo.

7

Lo de enviarte aquel primer mensaje fue idea mía. Era ya casi la hora de comer y recordé que habíais quedado. Pensé que si no llegaba a vuestro Dondesiempre a la hora acordada la llamarías y, de no contestarte, te preocuparías. Y necesitábamos un poco más de tiempo para pensar algo. Yo no me atrevía a entrar de nuevo en la cocina. Mucho menos a tocar algo muerto. Las cosas muertas me dan asco si antes han estado vivas ante mí. No me pasa ante un chuletón de Ávila o un pollo deshuesado y envasado al vacío. Pero sí ante el gatito huérfano y bebé al que había acariciado la noche de antes y alimentado con leche preparada, y al que encontré frío y rígido por la mañana bajo su mantita. Ese fue mi primer contacto con la muerte. Yo tendría nueve años y podría haber prescindido de la experiencia. El segundo, tras el deceso accidental de los dos periquitos de mis sobrinos. Fui la encargada de darles de comer durante una escapada de mi hermana y su familia a algún pueblo de la sierra. Lo olvidé casi al mismo tiempo que colgué el teléfono tras decir muy convincente que claro, que por supuesto, que yo me encargaba de todo. El día anterior a su vuelta fue cuando recordé mi misión. Pensé que por dos días no habría pasado nada, pero cuando llegué estaban los dos en el suelo de la jaula y no precisamente durmiendo. A uno le faltaban plumas y tenía una herida. Me parecieron unos flojos y los enterré en la maceta de los geranios sin tocarlos (utilicé el cucharón de la sopa) y dejé la jaulita en el suelo con la puerta abierta, simulando una fuga. Creo que ni mi hermana ni los niños me creyeron, pero yo me mantuve firme en esa versión. Un par de llantos infantiles y una mirada asesina no conseguirían doblegarme ni hacerme confesar. El tercero fue muchos años después, en Haití. Al muerto le habían volado la tapa de los sesos y fue algo más desagradable. Luego perdí la cuenta. Lo muerto me repugna, podríamos concluir, pero necesitábamos su huella dactilar para desbloquear el móvil que seguía sobre la mesa y con el que habíamos decidido enviarte aquel wasap que la excusaría. Descartado por completo llamar a la policía o al hospital, lo mejor era simular una huida voluntaria. No parecía tan descabellado: ella me había confesado lo vuestro y decidió irse de la ciudad para salvar la amistad y que nosotros tratásemos de hacer lo mismo con lo nuestro. Parecía propio de alguien como Ana, era un plan perfecto. Solo había que sacar un cuerpo inerte de cincuenta y tres kilos de una casa, sin llamar la atención, y hacerlo desaparecer. Dicho así suena más frío y quirúrgico de lo que fue en realidad, lo admito. Y también más fácil.

8

Fue Natalia quien desbloqueó su móvil con aquel dedo frío y Dani escribió el mensaje anulando la cita. No tardaste ni medio minuto en contestar —contestarle— con un «no te preocupes, bicho». Cuando sonó mi teléfono, al instante, supe que eras tú y predije una invitación para comer. Preferí no mirar siquiera las notificaciones: aquel apodo cariñoso dirigido a otra me había sentado tan bien como una patada en el estómago justo después de comer una doble *cheeseburger* con extra de queso. Que la otra estuviese muerta y que hacía apenas un rato, cuando respiraba, fuese una de mis mejores amigas era un dato irrelevante. Supongo que esa momentánea ira ayudó a un análisis frío y rápido de la situación. Sacar un cadáver de la casa sin ser vistas era imposible. Tenemos vecinos y nuestra calle es céntrica. Y no podíamos dejarla allí en el suelo de la cocina todo el día, por motivos obvios. Reparé entonces en que no había demasiada sangre. No lo había pensado hasta ese momento. Ni siquiera sabía dónde había sido el golpe y a esas alturas ya ni me importaba: solo quería acabar con aquello. Tampoco es que yo sea una experta en cantidades de sangre derramada por cada tipo de herida, pero, quizá por haber visto demasiadas películas de crímenes y asesinos en serie, me sorprendió que aquel charquito diminuto bajo su cabeza fuese todo. Por primera vez vi su cara. Su cara difunta, quiero decir. Estaba algo más blanca que de costumbre, pero era un blanco diferente. Como ceroso. Tenía los ojos cerrados y una expresión plácida excepto por las comisuras de los labios, algo azulados, que parecían reflejar cierta contrariedad. Pensé que yo también estaría contrariada de haber muerto esa mañana por sorpresa. De haber sido yo la muerta Ese Día, ese en concreto y no otro, habría dejado un montón de cosas pendientes de hacer. A saber:

- Acabar un artículo y transcribir una entrevista.
- Acabar de escribir mi libro.
- Despedirme de familiares y amigos.
- Devolver a Natalia la falda de tul (eso no lo he hecho todavía, pero es que me encanta esa falda).
- Recordarte que había salmón en la nevera y que urgía cocinarlo sin falta.
- Regar las plantas de la terraza.
- Recoger el correo del buzón.
- Ver el último episodio de la serie de zombis a la que estábamos enganchados entonces.
- Bajar al contenedor correspondiente el vidrio y el papel.
- Terminar de leer el libro que estaba leyendo (uno que tienes que leer, te gustará, lo he dejado en tu mesita de noche).

- Ir a cenar al nuevo indio de nuestra calle.
- Comprar a mi sobrino el pequeño un disfraz de dinosaurio que me había pedido por su cumpleaños.
- Montarte un numerito por infiel.

Pero no había sido yo la finada sino Ana, y allí la teníamos. Y algo había que hacer. Creo que la idea fue de Daniela, que hasta entonces había estado bastante callada, quizá disgustada pensando en que todo aquello era la consecuencia directa de sus actos. No debe de ser fácil lidiar con la idea de que te has cargado a alguien, y yo era incapaz de entender qué podría estar pasando por la cabeza de Dani, así que evitaba hablar con ella. Respecto al plan: no podría asegurar que fue idea suya y no quiero mentirte, no en estas líneas, así que lo dejaremos en que fue una idea conjunta. Al fin y al cabo, fue perfeccionándose sobre la marcha con las aportaciones de las tres. En realidad, el método era el no método (más que un plan, un no plan), que diría Julio Cortázar. Y evocarle nos sirvió para sofisticar, aunque solo un poco, el enunciado de lo que íbamos a hacer: deshacernos de un cadáver.

9

Eran justo las cinco cuando las cuatro estábamos ya abajo, en el vestíbulo del edificio, vestidas para la ocasión. Las cuatro, digo bien. A Ana le habíamos lavado el pelo y la pequeña herida de la cabeza (una brecha que a simple vista no parecía tan letal, la verdad, lo digo desde el desconocimiento médico más atrevido). Se lo habíamos secado con cuidado, la habíamos pintado como una puerta para devolver algo de color a su cara y le habíamos puesto mis pantalones negros de terciopelo, que le venían grandes y que sujetamos por detrás grapando la cinturilla, y la blusa granate que me regalaste para Nochevieja. No sé por qué, serían los nervios, se me antojó una aceptable y necesaria última broma macabra ponerle una blusa que había sido un regalo tuyo. A Dani y Natalia también les dejé ropa, no podían salir en vaqueros y camiseta a simular una pequeña fiesta de despedida. Cuando decidimos que eso era lo mejor y quisieron ir a sus casas a arreglarse, yo me opuse con firmeza, casi al borde de la histeria diría, a quedarme sola con un cadáver en casa. Irnos todas tampoco me parecía una buena idea. Imagina por un momento que vuelves a casa por cualquier razón. Si algo he aprendido durante toda una vida de afición a las series de investigación criminal y a los pódcasts de *true crime*, es que siempre te pillan por un descuido. Así que no estaba dispuesta a despistarme ni un segundo. Nos cambiamos todas y salimos un poco antes de las cinco para que a la hora precisa, esa a la que el Señor Posteridad sale a la calle como un reloj, nos viera a las cuatro felices (y vivas) saliendo del portal. Era imposible que no recordase, si alguna vez alguien le preguntaba, que ese día y a esa hora había visto a su vecina y tres amigas saliendo del edificio. Dani y Natalia reían escandalosas (me atrevería a decir que sobreactuaron) mientras sujetaban a Ana por la cintura, con sus brazos sobre los hombros. Parecía un poco borracha, más que muerta, con el pelo en la cara y a una distancia prudencial. Y de eso se trataba. Yo preferí sujetarle la puerta al Señor Posteridad que tocar un fiambre y él, fiel a su prudencia y discreción, se limitó a sonreír y decir algo como «ay, la juventud» mientras me pellizcaba con sus flacos dedos la mejilla. Ese tacto frío resultaba más próximo a la muerte de lo que podía parecer Ana desde donde estábamos los dos. Dani salió pitando y sin avisar a por el coche en cuanto Posteridad giró la esquina y Natalia cayó al suelo sobre Ana por el peso muerto, nunca mejor dicho. En otras circunstancias eso me hubiese hecho reír, pero el brazo de Ana hizo un ruido muy extraño al tocar suelo, como si fuese un objeto que se cruje más que algo que hacía tan poco había tenido vida. La muerte es una cosa muy rara, debo decir. Dani aparcó con dos ruedas sobre la acera, salimos del portal como si aquello fuese una despedida de soltera en lugar de un acto delictivo y nos alejamos con Extremoduro como banda sonora, más porque es lo que siempre lleva Dani en el coche que por una puntillosa y rockera elección. Enviamos con su móvil y desde los lugares apropiados los mensajes necesarios:

a su casero, a nosotras y a ti. Ese fue el último y lo apagamos después para que ya no recibiese tus respuestas. Por eso, aunque tú no me lo contaste, yo sabía que lo habías recibido. Natalia recogió de su casa las cosas que se hubiese llevado alguien que huye voluntariamente (ropa, tarjetas, documentación). Se aseguró de no dejar más huellas suyas allí de las que ya habría de antes y de que nadie la viese entrar o salir.

Llegamos a mi apartamento sin cruzarnos con nadie en las escaleras y solo el gatito enfadado que era el penúltimo escalón nos dio la bienvenida con su inevitable lamento. Llevaba demasiado tiempo cerrado. Tenía pendiente pintar y arreglar un par de cosas antes de volver a alquilarlo y lo había ido dejando estar demasiado tiempo. Por primera vez, mi pereza jugaba a mi favor. Pusimos el cuerpo de Ana acurrucado, en posición fetal, dentro de la bolsa de plástico en la que guardaba los edredones. Empezaba a presentar cierta resistencia. Con la aspiradora, sacamos todo el aire del interior como si quisiésemos envasar al vacío un par de filetes. Unos muy grandes. A lo mejor la comparación no es muy considerada, pero es para que me entiendas. Con cinta americana la precintamos lo mejor que pudimos. En un rincón del salón, con los botes de pintura, plásticos y la pistola de silicona, encontramos un rollo de lana de roca para un arreglo pendiente. Sin saber muy bien por qué, decidimos enrollar con eso la bolsa de los edredones y volver a asegurar con cinta americana. Pensábamos llevarla hasta la fábrica de gaseosas abandonada, a unos cuarenta kilómetros de la ciudad. Sabíamos de su existencia porque Ana precisamente había hecho unas fotografías para un editorial de moda allí hacía poco. Nos contó que a punto estuvo de caer la modelo a un pozo porque no habían visto la escotilla hasta el último segundo, cubierta por cascotes y suciedad. Parecía la mejor opción. ¿A quién se le ocurriría abrir la escotilla de un pozo escondido dentro de una fábrica abandonada y bajar allí a ver qué había? Pero entonces recordé aquel armarito pequeño y camuflado casi junto al techo que había encontrado en casa al instalarme, bajo el papel pintado, en lo que ahora es el vestidor. Con un cúter hicimos saltar la pintura y la cinta americana con la que lo había sellado y llegamos a la puertecita de madera que nunca llegué a abrir. Dentro no había nada. Ni ratas, ni dinero, ni cadáveres. Solo un hueco lo suficientemente grande como para esconder tres muertos. Y nosotras solo necesitábamos esconder uno. Pusimos la escalera pegada a la pared y Natalia subió a lo alto. Dani y yo levantamos aquel fardo como pudimos (se nos cayó al suelo dos veces) y lo elevamos con dificultad por encima de nuestras cabezas. Natalia lo sujetó desde arriba, Daniela hacía lo propio desde abajo, y a mí me dio tiempo a encaramarme al tercer escalón para ayudar desde allí a elevarlo antes de que volviese a caer, esta vez sobre la cabeza de Dani. Lo empujamos hasta el fondo y metimos con él todas las cosas de Ana en un par de maletas. Aún quedaba vacía la mitad del espacio y lo rellenamos con espuma de poliuretano en espray. Cuatro frascos vaciamos dentro y tuvimos que esperar algo más de una hora a que se secase para lijar la superficie que sobresalía. Dani bajó a por cervezas y unos bocadillos y nos sentamos en el balcón, mirando la plaza. Bajo nuestros pies pasaba un río multicolor de gente que iba y venía. El sol, indolente, nos daba en la cara. Era un jueves como otro cualquiera. Uno con muy buen tiempo.

—Ahora sí podrías escribir sobre nosotras —dijo Daniela, mirando hacia allá abajo.

—Ahora es cuando no debería —le contesté yo.

—Nadie lo creería. Es la mejor manera de que la autoficción parezca ficción.

—¿Cuánta ficción admite la autoficción antes de pasar a ser solo ficción? —pregunté pellizcando un trocito de bocadillo que me metí en la boca con desgana. Aún no entendía cómo podíamos estar comiendo en un momento así.

—Supongo que poca —dijo Natalia—, lo justo para que una familia disfuncional parezca

peculiar y una quejica autocomplaciente parezca una loca encantadora.

—¿La encontrarán? —preguntó Dani.

—Es complicado —dijo Natalia apurando su cerveza.

* * *

Una vez seca la espuma, lijamos la que sobresalía por el hueco de la puertecita para dejarlo a un nivel que nos permitiese cerrarla. Después de hacerlo, pusimos masilla para camuflarla de nuevo y, con esta aún húmeda, la frotamos con una esponja para eliminar el exceso e igualar la superficie. Lo había visto hacer en un vídeo de Instagram de esos en los que alguien hace algo complicado de una manera que parece sencilla y sin mancharse. Quedó razonablemente bien para lo poco mañosa que he sido yo siempre con las manualidades. Pintamos toda la habitación y pusimos un difusor de fragancias eléctrico en un rincón. Habíamos elegido al comprarlo el aroma a jazmín blanco y, cada veinte minutos, con británica exactitud, soltaba una dosis al aire. Olía de maravilla y estuve tentada de comprarlo también para casa, pero prefería que oliesen a cosas distintas nuestro hogar y aquella tumba brutalista en la que habíamos convertido mi apartamento. Entre la lana de roca, el poliuretano, el ambientador y sin vecinos ni inquilinos, parecía complicado que el mal olor de un cuerpo en descomposición, uno envasado al vacío, nos delatara.

10

Volvimos a casa las tres sobre las doce y media de la noche. Estábamos agotadas, pero yo no quería quedarme sola. Sabía que tú no estarías aún porque era jueves y los jueves, como hoy, cenas con los chicos. Seguro que se habría alargado la sobremesa y caería alguna copa, pensaba. Habíamos limpiado concienzudamente la cocina antes de salir y no quedaba ni rastro de Ana por ningún lado. Cualquiera diría que allí no había pasado nada. Preparamos unos *bloody marys*, pusimos música y los tomamos en la terraza. Así es como nos encontraste un poco después, al llegar, y te sumaste a nosotras. No preguntaste por Ana. Te miré buscando en tus ojos un indicio de todo lo que ahora sabía y no encontré más que ese iris pardo que me encantaba y el mismo brillo de siempre. Hablaste y bromeaste con nosotras como si nada. Estabas arrebatador e ingenioso, como siempre. Nos hiciste reír. Apuraste tu copa, te despediste de ellas con un abrazo y de mí con un beso antes de irte a dormir. «Mañana madrugo, pero vosotras quedaos todo el tiempo que queráis». Cerraste tras de ti la puerta de la terraza. Evité mirarlas a los ojos en ese momento. No quería ni siquiera intuir lo que estarían pensando.

La ciudad estaba preciosa allá abajo y, allá arriba, la noche era perfecta. Casi me indignó que todo siguiese su curso sin reparar en lo que yo estaba sintiendo. Me quedé un buen rato mirando ese cielo sorprendentemente estrellado, pensando en cómo te contaría al día siguiente que Ana había estado aquí y habíamos hablado. Había repetido una y otra vez en mi cabeza la historia acordada. Natalia había insistido en lo importante de coincidir en el relato principal, pero que cada una hubiese reparado en detalles diferentes y destacase cosas que denotaran una personal percepción de la situación, que no se notase que había sido fijado en nuestra memoria de idéntica manera. Hablamos un rato de cosas intrascendentes, por si te levantabas. Reímos sin ganas. Una reunión en la terraza entre las tres, a esas horas y sin risas, no hubiese resultado creíble. En realidad, nos repetía Natalia, no había nada que temer: en todas partes, todos los días, hay gente que se va a algún sitio.

ESTE DÍA

1

Aunque parecía un día normal cuando he abierto los ojos, con su luz de las siete y media de la mañana entrando por la ventana, su olor a café recién hecho inundando la casa y esa manía tuya de poner *Hoy puede ser un gran día* para despertarme, esta mañana no era la de un día normal. He metido la cabeza debajo de la almohada durante unos segundos y he arrastrado luego los pies hasta la cocina, despeinada y en camiseta. He farfullado un «buenos días» que, como cada día, era en realidad un «ni se te ocurra hablarme». Cuando me has dado un beso en la frente al servirme el café, exactamente como a mí me gusta y exactamente como cada mañana, yo ya sabía que lo estabas haciendo por última vez. No tengo ni la más mínima idea de lo que decías porque no podía dejar de pensar en que no te vería nunca más sacar y meter cosas del lavavajillas, trastear en los armarios superiores. Que no volvería a escucharte parlotear mientras doy sorbos al café y pienso en tristes dependientes de grandes almacenes con abrigos siempre grandes. Me concentraba en no llorar y en registrar en mi memoria cada uno de tus gestos, hasta el último de los pequeños detalles de esta mañana. Fijarlo todo en mi recuerdo como una instantánea indeleble. Una a la que poder recurrir cada vez que lo necesite porque, si algo ha sido alguna vez mi hogar, no ha sido esta casa, sino nuestras mañanas. Y no estoy demasiado segura de encontrar otras que lo lleguen a ser.

—¿Cuál es tu plan hoy? —me has preguntado, feliz.

—Nada en especial —te he mentido.

Y tú me has sonreído con tu habitual e infinita amabilidad. Mientras dejabas el plato con tostadas recién hechas sobre la mesa y me dabas un toquecito con el dedo índice en la nariz, me has hecho flaquear por un segundo.

—¿Comemos juntos hoy?

—No creo que pueda, me sabe mal. Tengo un montón de trabajo.

Estabas duchado y vestido, listo para salir. Olías de maravilla. Me has revuelto el pelo con ese gesto cariñoso tan tuyo al despedirte y casi se me ha escapado una lágrima. He gruñido, aferrada a mi taza, evitando mirar tus ojos pardos porque eso es lo que esperabas de mí. Me lo ha confirmado tu sonrisa. No he dejado de mirarte al alejarte por el pasillo y he escuchado sucederse, por última vez y uno tras otro, todos los sonidos cotidianos y agradablemente familiares que han hecho de mis mañanas el lugar seguro que acabo de perder: la puerta al cerrarse, tus pasos en el descansillo, el ascensor. No he dado más sorbos al café ni he echado el primer vistazo a los diarios. Hoy ya no me esperan en el trabajo. Entre lágrimas, he comenzado a hacer las maletas al mismo tiempo que se imprimían estas páginas. El mejor lugar para dejarlas es la mesa de la cocina, sin duda. Solo ahí las verás nada más llegar, justo cuando te gires

después de coger una cerveza de la nevera. Me he asegurado de que queden suficientes bien frías. Y en el congelador tienes canelones para mañana.

Otro día aparentemente normal.

Como si no estuviese a punto de ocurrirnos nada, amor.

* * *

Ahora ya lo sabes todo. Una copia exactamente igual a la que tienes entre las manos, pero sin esta nota final, habrá llegado también a la editorial. Elena habrá abierto el paquete y habrá leído las mismas páginas que tú. Después de todos los retrasos y las excusas tendrá entre sus manos un libro que no se espera, uno que, pensará, es fruto de mi imaginación. Una improbable pero creíble historia de ficción. Mi debut en la novela, por fin y contra todo pronóstico. Y tú ahora, ante las mismas páginas que ella, tienes que decidir, en un último simulacro de Alicia, si sacrificas toda tu paz, la vida plácida de la que disfrutas y que hasta esta mañana compartías conmigo, y cuentas la verdad. A la hermana de Ana, a la policía, a tus amigos. A quien tú quieras, yo qué sé. O si, por el contrario, dejas estos folios donde los has encontrado, sales a tomar ese vino como cada jueves con los chicos, disimulas, cenas y sigues adelante sin más. Parece un dilema moral, ¿verdad? ¿Qué hacer? ¿Confesar todo lo que sabes y alterar la vida de un montón de personas, incluida la tuya, o guardar el secreto conmigo y que todo siga como hasta ahora, pero sin mí? No eres el primero al que dejan y, al fin y al cabo, nadie va a encontrar el cuerpo. Las chicas lo negarán todo y estas líneas no son más que eso: una improbable pero creíble historia de ficción publicada por una editorial reconocida. La mejor forma de guardar un secreto es que todos lo conozcan, pero nadie lo crea. ¿Conseguirías algo tratando de convencer a alguien de que es real, que fue eso lo que ocurrió? ¿Calmar tu conciencia? ¿Quitarte un peso de encima? Quizá sea mejor que su hermana siga pensando que está en algún lugar, feliz y tranquila, lejos de todo y de todos por decisión propia. Tal vez es mejor que Dani no sepa nunca que tú sabes todo lo que ocurrió y que yo he descubierto también lo vuestro. Podría parecer que aquel golpe no fue tan casual después de todo. ¿Crees que vale la pena? ¿Tú qué preferirías? ¿Leerías estas páginas si pudieras volver atrás? ¿Elegirías saber que Ana está muerta o que, como hasta hace unas horas, exista la posibilidad de que pueda estar en algún lugar lejos de ti? ¿Y si pudieras saber exactamente dónde estoy yo ahora? Porque yo sé dónde estás tú y qué estás haciendo, pero tú sigues sin tener ni idea de dónde estoy yo, aunque ahora ya sabes por qué no estoy ahí. Y que no voy a volver. ¿Querrías saberlo? ¿Preferirías saber que estoy muerta o que haya una posibilidad de que esté tomando el sol, en bikini, en aquella playa del Caribe con la que tanto hemos fantaseado, con una piña colada en la mano y una pequeña sombrilla verde en la pajita, igual a la que hace un rato giraba entre tus dedos? He pensado mucho en eso durante este tiempo (en el dilema moral, no en la sombrillita verde), le he dado muchas vueltas y no ha sido fácil. Ana eligió por mí si debía saber algo o seguir creyendo otra cosa, y yo lo he hecho por ti. Y ahora te toca a ti, mi Alicia, tomar esa decisión para otros. Y la tienes que tomar ya, porque mira qué hora es y los chicos te esperan. No te pongas hoy el abrigo: es muy posible que te quede demasiado largo.

Adiós y suerte.
Te quiero.